

**CLARA, MAESTRA DE ORACIÓN**  
(Sor Chiara Giovanna Chremaschi, osc – Monastero S. Chiara - Milano)  
Traducido de Forma Sororum 2009

## ÍNDICE

### 0. PREMISA

#### 1. LA GUÍA DE CLARA A TRAVÉS DE SUS *ESCRITOS*

Primer movimiento: el ardor del deseo

Segundo movimiento: el estupor de un amor

Tercer movimiento: Dios, centro y protagonista principal de la propia vida

#### 2. VER

La fe

- *Adhesión a una persona*
- *Luz*
- *Confianza*
- *El principio*
- *Entrega de sí*
- *Encarnación*
- *El Crucificado*
- *En el espejo*
- *El bien en la hermana*

Considera

- *El Evangelio*
- *La vocación*
- *La debilidad humana*
- *Los acontecimientos*

Contempla

- *La Encarnación*
- *Pobreza y humildad*
- *La caridad del Crucificado*
- *La sabiduría*
- *Gustar a Dios*
- *La belleza*
- *Las indecibles delicias*
- *La dignidad de los hijos de Dios*
- *Como María*

#### 3. ESCUCHAR

La Palabra creadora

El Evangelio

- *El Espíritu del Señor*
- *La Sabiduría crucificada*

El camino

- *La sabiduría*
- *La pobreza*
- *La senda estrecha*

La obediencia

La *compassio*

Respuesta al Amor

- Abrazar
- Anhelo de imitarlo
- Seguimiento
- 4. ESTAR
  - Colocarse en la Sabiduría encarnada
  - El silencio
  - No apagar el espíritu
- 5. DAR GRACIAS
  - La Eucaristía
  - El Dador
  - La Encarnación
  - La vida
  - La vocación
  - Francisco
  - Las hermanas
  - La historia
  - La alegría
  - Restituir
    - Las promesas*
    - La ofrenda del don de la oración*
    - El talento recibido*
- Colaborar con Dios
  - Sostén de la Iglesia*
  - Ejemplo y espejo*
- Bendecir y alabar a Dios
- 6. PETICIÓN
  - La intercesión
  - El perdón
  - Fidelidad y perseverancia en la vocación
  - La bendición del Padre
  - La ciudad
- 7. EN SÍNTESIS

## 0. PREMISA

A través de los *Escritos* de Clara intentaremos presentar un itinerario de oración contemplativa, vista como interiorización de la Palabra orada en la liturgia; de la acción de gracias eucarística; del hacer memoria; del sacrificio de alabanza; de la comunión trinitaria, de la cual brota la ofrenda de sí que se traduce en la concreción de lo que se vive cotidianamente haciendo afluir el Amor sobre las hermanas y los hermanos.

Clara es una mujer medieval. Se inserta por tanto en una larga tradición de oración que tiene como elemento central y fundante la *liturgia* de la Iglesia. El monacato occidental ha desarrollado particularmente un modo de rezar con la Biblia llamado comúnmente *lectio divina*<sup>1</sup>, con sus sucesivas fases de *meditatio*, *oratio*, *contemplatio*. También Clara bebe de la Palabra orada en la liturgia, pero con modalidades un poco diversas de aquellas habituales en su tiempo. Además, en la

<sup>1</sup> De los *Escritos* de Clara y de los testimonios del *Proceso de Canonización* no emerge ningún dato que pruebe la existencia real en San Damián de un tiempo dedicado a la *lectio*. Es, sin embargo, evidente que la Palabra orada en la liturgia es la primera fuente de la contemplación mística de la madre de las hermanas pobres; es el lenguaje con el que se expresa, y es igualmente la fuente de sus conocimientos. Hoy, hay quien hipotiza sobre la existencia de libros en San Damián, como consecuencia de la cultura que Clara manifiesta en las *Cartas*. Nos parece poder afirmar que sus conocimientos derivan de las lecturas patrísticas del breviario y de la escucha de predicaciones “doctas”, siempre en el ámbito de San Damián. Su inteligencia penetrante y la interiorización de la Palabra orada y escuchada, han producido la admirable síntesis salida de su corazón antes que de su boca. (Cf. Forma Sororum XXXIX -2002-, 129-256; 257-352)

misma época empieza a difundirse un diálogo silencioso con Dios, llamado simplemente oración<sup>2</sup>, más tarde precisada con el adjetivo “mental”, o sea, no hecha de palabras sino de escucha y apertura a Dios que habita en lo íntimo del ser. Desde el siglo precedente, especialmente cerca de los Cistercienses, la espiritualidad se orienta hacia la devoción a la humanidad de Cristo y hacia la Virgen María.

Como todas las personas de pueblo, que no han tenido acceso a estudios teológicos, Clara ha aprendido el valor y las características fundamentales de la oración de su madre, de la vida litúrgica vivida en Asís, de la predicación y enseñanza de Francisco. En el breve tiempo transcurrido entre las benedictinas ha descubierto la belleza de la liturgia. Sin embargo, en San Damián, la plantita adoptará un estilo más simple y sobrio, típico de Francisco y de sus frailes. En las largas horas de diálogo silencioso, el icono del Crucificado y el de la Encarnación inspirarán su oración<sup>3</sup>.

## 1. LA GUÍA DE CLARA A TRAVÉS DE SUS *ESCRITOS*

Queremos dejarnos conducir por los *Escritos* de la madre de las hermanas pobres, que aún en su brevedad desvelan un camino. Por esta razón nos inspiraremos especialmente en las *Cartas*, sin descuidar otros elementos importantes. Reconocemos antes que nada tres movimientos inseparables<sup>4</sup>, que están en la base de una mística<sup>5</sup> nacida de la interiorización de la Palabra, orada en la liturgia, de la familiaridad con el oficio divino, igual que de la Eucaristía, que ha pasado de la celebración a la contemplación y a la vida.

### *Primer movimiento: El ardor del deseo*

Es una llama que arde en lo más íntimo, porque Clara ha sido aferrada, conquistada, por Cristo, y es a Él a quien desea intensamente y busca con corazón apasionado toda su vida. La madre de las hermanas pobres, aún sin hacerse ilusiones sobre los errores que pueden cegar durante el camino, mantiene conscientemente vivo el deseo indicando el mismo camino a Inés y a cualquiera que quiera seguirla: “Cobrad ánimo en el santo servicio que habéis emprendido deseando ardientemente seguir al Pobre Crucificado...” (*1CtaCl, 14*).

El Crucificado que se ha dejado despojar de toda dignidad humana, que “desnudo permaneció en el patíbulo” (*TestCl 45*), la ha introducido en su dinamismo de donación, conduciéndola a abandonarlo todo por su “*santo servicio*”, por una vida completamente entregada a Él. Y le es dado el adherirse a Él, porque Dios quiere primeramente la comunión de amor con su criatura y toma la iniciativa haciendo una alianza con ella, acogiéndola en su debilidad y pecado, hasta mandar al Hijo, en el cual, toma forma y carne la sed del Padre de darnos vida y salvación. Por su parte, Jesús, no deja de revelarnos el divino Amor en su camino terreno, en un crecimiento que lo conduce hasta la donación total de sí: “He deseado ardientemente comer esta pascua con vosotros antes de mi pasión...” (*Lc 22,15*). Es la cena en la cual misteriosamente el Maestro anticipa simbólicamente el cuerpo entregado y la sangre derramada en la cruz, que quiere dejar a sus discípulos como una continuación de su morir y resucitar por nosotros.

---

<sup>2</sup> La *oración* es mucho más que la meditación. Se trata de una forma de oración que partiendo de un misterio de la vida de Cristo, conocido a través de la lectura (para Clara el punto de partida son las lecturas de la Misa y el año litúrgico), la mirada a una imagen, la memoria..., se reflexiona interiormente dejándolo actuar silenciosamente en lo más íntimo, hasta el pasivo dejarse invadir del Tú, que conduce a la contemplación. Todo cuanto diremos sobre la línea de oración que Clara nos indica, puede constituir un método tanto de *oración* como de *lectio*.

<sup>3</sup> De los testimonios del *Proceso de Canonización*, en más de una ocasión sobresale la oración de Clara, de la cual vuelve transfigurada, siempre alegre y de tal forma que irradia gozo en torno a sí. La lectura de sus *Escritos*, nos muestra que el punto de partida y fundamento de su oración es la Palabra orada en la liturgia, la cual va penetrando poco a poco, cada vez más profundamente en ella y la abre a la contemplación, como intentaremos dejar claro en todo lo que vayamos diciendo.

<sup>4</sup> No se trata de las etapas de un camino: no es posible decir cuál de los tres movimientos precede al otro, son necesarios contemporáneamente para un auténtico recorrido de oración y de entrega al Amor.

<sup>5</sup> Por *mística* se entiende la relación contemplativa caracterizada por el predominio del Amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (cfr Rom 5,5) en el Bautismo.

En la misma *Carta*, Clara nos ayuda a penetrar mejor en las características de su deseo: “¡Oh pobreza santa: a quienes la poseen y la desean Dios promete el Reino de los cielos y ofrece la garantía de la gloria eterna y de la vida bienaventurada!” (1*CtaCl*, 16). En este himno a la pobreza, que desvela el rostro de la sabiduría, la Plantita insiste en desearla y poseerla en una búsqueda apasionada e incansable, tal como nos es propuesta en los libros sapienciales (cfr. *Prov* 3, 13-14). Mirando al Pobre, el Señor Jesucristo, verdadera sabiduría del Padre, la madre de las hermanas pobres, es invadida de una alegría indecible por su elección de amor hacia las criaturas necesitadas y frágiles, que enciende en ella el deseo de ser como Él. Así incluso indica el camino para corresponderLe, descubierto por ella en la interiorización de los pasajes sapienciales del mismo Evangelio de *Mateo*<sup>6</sup>, que se refieren a la pobreza como elemento esencial del seguimiento de Cristo. Hacia el final de la *Carta* vuelve todavía sobre el mismo tema: “progresando de bien en mejor, de virtud en virtud (cfr. *Sal* 83,8), para que aquél a quien servís con todo vuestro anhelo, se digne concederos el deseado premio” (1*CtaCl*, 31-32). Haciendo propias las palabras del salmo que acompaña la peregrinación hacia la ciudad santa, desea incluso a Inés que continúe creciendo en el bien, viviendo su viaje terreno hacia la Jerusalén celestial, con vigor siempre más grande<sup>7</sup>.

Casi parece que Clara quiera incluir todo el cuerpo de la *Carta* entre estos dos subrayados del deseo, todavía más comprensible si se tiene en cuenta el comienzo de la *Carta*, en el cual resulta evidente cómo la iniciativa es del Esposo: “el Señor Jesucristo, que custodiará la guarda de vuestra virginidad siempre intacta en inmaculada” (vv.7). Por eso la madre retoma el motivo del cual ha partido, afirmando que su carta *sirve* (cfr. vv.32) al Señor, o sea que vive toda la vida como consagración total a Él, “con todo el deseo del espíritu”. No superpone otras expectativas terrenas: su espíritu, su interioridad están vueltos constantemente a Dios, tiende a Él sin divisiones.

El augurio de la madre está por eso mismo en línea con el resto del discurso: la recompensa anhelada, ardientemente deseada es Cristo mismo, única posesión en el camino terreno, felicidad plena en la vida sin fin.

En la misma extensión de onda, pero con una intensidad todavía mayor, se colocan las palabras de la 4ª *Carta*, en un anhelo ardiente hacia las bodas eternas: “y al contemplar sus delicias inenarrables, las riquezas y honores de eternidad, grita con todo el ardor de tu deseo y de tu amor (...)” (4*CtaCl* 28-29). Al final de la vida, ese deseo que la llama del amor ha tenido siempre encendido, se ha hecho excesivo (“ardiente”), haciendo rebosar todas las fibras del corazón, mientras se vuelven a contemplar las delicias sin fin del eterno gozo con Cristo, pregustado tantas veces en la contemplación mística, a través del tránsito pascual de cada muerte que da vida en Él, ya real en la celebración de los divinos misterios.

El continuo responder a la amonestación de Francisco, insertada por Clara en su *Forma Vitae*, a lo largo del caminar de los días ha predispuerto el corazón a este gozo eterno: “Pongan empeño en aspirar sobre todas las cosas a poseer el Espíritu del Señor y su santa operación, orar a él de continuo con corazón puro.” (Reg*Cl* X, 9-10).

El deseo del Espíritu lleva a invocarlo continuamente con la certeza de que “Vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a aquellos que se lo pidan” (Lc 11,13). Y es Él quien se encarga de tener encendida la sed de Dios en el corazón, quien nos introduce en aquella oración que nos pone en actitud para acoger su don. Todavía más, como dice Francisco, “el Espíritu del Señor que habita en sus fieles, es el que recibe el santísimo cuerpo y sangre del Señor” (Adm 1,12). Finalmente, es Él quien purifica, quien despoja de todo aquello que aleja de Dios, *ilumina* el corazón al conocimiento de Él y de nosotros mismos, y *enciende* con el *fuego* del amor (cfr. *CtaO* 50-52).

---

<sup>6</sup> No nos ha de asombrar la referencia a Mateo, mientras en Lucas el camino del discípulo por la vía de la pobreza es trazado de modo más incisivo y completo. No teniendo una Biblia a su disposición, Clara conoce los pasajes leídos en la liturgia que en su tiempo privilegiaba el Evangelio de Mateo.

<sup>7</sup> El término latino *virtus* es entendido en su significado originario de “vigor”, “fuerza”.

## *Segundo movimiento: El estupor de un amor*

En las palabras de Clara descubrimos un segundo elemento fundamental en un camino de oración: un estupor incontenible frente al amor inmenso de Dios, que lo lleva a descender a la pequeñez de nuestra carne. Esta capacidad de asombrarse, de no dar nunca nada por descontado, deriva de la posibilidad de acoger el don y de corresponder. La Plantita está arrebatada sobretodo por el abismo del abajamiento divino:

«...el cual –el crucificado pobre- soportó por nosotros el tormento de la cruz, librándonos del poder del príncipe de las tinieblas, que nos tenía encadenados a causa del pecado del primer padre, y nos reconcilió con Dios Padre» (*1CtaCl, 14*)

En ese “*por nosotros*” está el secreto de una mirada sobre el sentido profundo de la muerte de cruz. En el ámbito de este pasaje, la expresión nos desvela la larga contemplación de Clara sobre la Palabra orada tantas veces en las lecturas breves del Breviario, penetrada hasta lo más íntimo, sin caer nunca en un sonido vacío a causa de la rutina, justo porque la ha profundizado cada vez más con la fuerza del Espíritu. Trayendo en su totalidad el versículo de la *Carta a los Hebreos* a la que la madre hace referencia, podemos tomar mejor conciencia de ello:

«...teniendo fijos los ojos en Jesús, autor y perfeccionador de la fe. Él, a cambio del gozo que le era propuesto, se sometió a la cruz, despreciando la ignominia, y se ha sentado a diestra del trono de Dios» (*Hb 12,2*)

La mirada fija en Jesús es una característica relevante de Clara, aunque no la llama nunca solo con este nombre, quedando ligada al lenguaje de la liturgia, ya que en este *ver* actualiza en sí el dinamismo de la Pascua.

La alegría de la que habla el texto citado es sin lugar a dudas la resurrección, mas la Plantita entrevé también el cumplimiento de la Voluntad del Padre de tal modo que para realizar nuestra salvación incluso “desprecia la ignominia”. En esta dirección, de hecho, con resonancias al Evangelio de Juan: “ahora el príncipe de este mundo será echado fuera” (*Jn 12, 31*), mira a nuestra liberación del poder del *príncipe* que nos quiere engatusar con la mentalidad del mundo, en el cual todo son *tinieblas* (cfr. *Col 1,13*). En el himno de la carta a los Colosenses es el Padre quien nos ha liberado, pero Clara transfiere todo a Jesucristo para subrayar con más fuerza el sentido de su Pascua. Hay también una alusión a la caída narrada en *Génesis 3*, e incluso en la *Carta a los Romanos*. Finalmente la madre concluye poniendo el acento en la reconciliación: en este caso, puede tener en mente diversos pasajes paulinos, el más probable nos parece éste: “nos ha reconciliado consigo mediante Cristo” (*2Cor 5,18*), aunque no se excluya que pensara en el himno de la *Carta a los Colosenses*.

En cualquier caso, la multiplicidad de referencias nos ayuda a comprender cuán importante es la Palabra orada en la formación del mismo pensamiento de Clara, en su contemplación, en la comprensión del misterio eucarístico y en su capacidad de vivirlo en la cotidianidad. La mirada a la Encarnación evidencia todavía más el estupor de la madre:

«...si pues, tal y tan gran Señor descendiendo al seno de la Virgen, quiso aparecer en el mundo hecho despreciable, indigente y pobre, a fin de que los hombres, que eran pobrísimos e indigentes, y sufrían hambre del alimento celestial, llegaran a ser ricos, mediante la posesión del reino de los cielos: regocijaos y alegraos grandemente, rebosando de gozo y de júbilo espiritual» (*1CtaCl 19-21*)

No se cansa de contemplar al Dios totalmente Otro de cuya trascendencia no pierde nunca la conciencia, que no se contenta con asumir nuestro límite de criaturas entrando en el seno de una mujer, sino que incluso elige, quiere para sí la condición de cuantos son despreciados.

Estas palabras brotan, casi irrumpen, del corazón de la madre por su hábito cotidiano de celebrar el misterio de Cristo en la Misa y en los salmos rezados en la Liturgia de las horas. El vínculo directo con el salterio se nos puede escapar porque las actuales traducciones son ligeramente diversas: “yo soy pobre e indigente, Dios mío, ven en mi auxilio”. Teniendo presente la frecuencia con la cual se repetían estas súplicas en San Damián<sup>8</sup>, comprendemos el sentido de su incidencia en un camino de seguimiento, que aquí pasa incluso a través de la aplicación paulina del mismo versículo (Cfr. *2Cor 8,9*). Allí encontramos claramente la motivación profunda del estupor de la madre: este juego del *Rico* que se hace *pobre* para que nosotros *pobrísimos* y *necesitados*, fuésemos *ricos* poseyendo el *reino celestial*, bien que supera cualquier otro bien, tanto que la colma de gozo indecible.

### ***Tercer movimiento: Dios, centro y protagonista principal de la propia vida***

Leyendo los *Escritos* de Clara resulta evidente cómo Dios es el centro y el protagonista principal de su vida, ella lo es solamente en segundo lugar, en cuanto que recibe todo de Sus Manos de Padre. El *Testamento* es el texto que nos ayuda más a comprenderlo, porque hace palpable esta postura de la madre.

La madre de las hermanas pobres revive el eucarístico “hacer memoria” del don del Padre manifestado en la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo narrando el acontecimiento de su llamada y de los inicios de San Damián:

«Después que el Altísimo Padre celestial, se dignó por su misericordia y gracia iluminar mi corazón para que a ejemplo y según la doctrina, hiciese yo penitencia, voluntariamente le prometí obediencia juntamente con las pocas hermanas que el Señor me había dado a raíz de mi conversión, según la luz de la gracia que el Señor nos había dado por medio de su vida y de maravillosa doctrina» (*TestCl 24-26*)

Releyendo el camino recorrido, Clara ve la actuación de Dios. No indica la modalidad porque no se trata de eventos extraordinarios, sino de luz interior recibida en los sacramentos, en la predicación, en la oración, en la amistad. Francisco además ha sido rostro y palabra: visibilidad de la luz y de la gracia de Dios. La respuesta por eso es simplemente adhesión al don recibido, como se comprende del transcurso del texto: “y así, por voluntad del Señor y del beatísimo padre nuestro Francisco, fuimos a morar junto a la Iglesia de San Damián; y en este lugar, el Señor, por su misericordia y gracia nos hizo crecer en número en breve espacio de tiempo” (*TestCl 30-31*). Es por tanto evidente que *el ir a morar* junto a San Damián entra dentro del designio de Dios. Él mismo es quien ha proveído de cada cosa, incluso hasta multiplicar a las hermanas.

Lo mismo vale para el testimonio cristiano, que se difundió a pesar de la vida escondida de las hermanas de San Damián (cfr *TestCl 58*). Ha sido el Padre el que ha difundido *la fragancia de la buena fama*, el que ha dado a conocer la vida evangélica de esas damas pobres, enviadas, como todo cristiano, al final de la celebración eucarística para una misión, que han de cumplir a través de una continua conversión y don total de sí mismas.

Se comprende entonces la conclusión del *Testamento* de Clara: “para que el mismo Señor que nos concedió un buen comienzo, conceda asimismo el incremento y la perseverancia final. Amen.” (*TestCl 78*). La fe sin reservas en Aquel que ha estado al principio del camino, constituyendo el fundamento y la guía, no podrá ser menos en adelante. Es de Él de quien la madre espera el crecimiento y la perseverancia final, con la certeza de que todo bien viene de Él y está en Él, mientras vivimos la peregrinación por esta tierra en espera de su venida, ya pregustada en toda celebración eucarística.

---

<sup>8</sup> Antes de la reforma del Vaticano II el Salterio era proclamado enteramente cada semana.

## 2. VER

Teniendo en cuenta los tres fundamentos a acabamos de indicar, trataremos ahora de adentrarnos en el camino de Clara a través del dinamismo de algunos verbos recurrentes y capaces de expresar un itinerario de oración. Antes que nada, hemos de anotar que en un contexto en el cual se hace referencia inmediata a los comportamientos del orante, con cierta frecuencia la madre usa el verbo *ver*. No se trata de observar con los ojos, sino de una mirada interior centrada esencialmente en Jesucristo, y dilatada a otras dimensiones espirituales. La cosa tiene su punto de partida en la conciencia de Clara de estar continuamente bajo la mirada vigilante y amorosa del Padre, como se ve evidente en las palabras a su propia alma, donde afirma que siempre ha sido mirada con amor materno, y también de cuanto escribe a Inés:

«Convertida en imitadora del Padre perfecto, has merecido llegar a ser perfecta también tú, y tanto que tu ojos no vean en ti nada imperfecto<sup>9</sup>» (2CtaCl, 4)

Estamos al inicio de la 2ª Carta, cuya trama se desarrolla entorno a la palabra *perfección* y sus derivados, a través de la referencia evangélica “sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48), en el contexto del cual, la perfección del Padre consiste en tener amoroso cuidado de cada criatura y pide como respuesta el amor a los enemigos.

Clara la compendia en el seguimiento de Cristo pobre, que nos hace capaces de dar la vida como Él. El camino recorrido puede quedar oculto a los ojos de los hombres, pero queda siempre bajo la mirada del Padre. Para explicarlo, la madre se sirve de las palabras del salmo tantas veces rezadas, en el cual ella se vuelve más consciente de ser vista en cada momento por su tierno Padre como una madre:

«...cuando en lo oculto me iba formando, y entretejiendo en lo profundo de la tierra, tus ojos veían mis acciones, se escriban todas en tu libro; calculados estaban mis días antes que llegase el primero» (Sal 138,16)

El texto rezado por nosotros, nos hace ver que el Padre nos piensa amorosamente desde el seno materno. Las palabras latinas conocidas por Clara dicen sin embargo: “tus ojos vieron cuanto en mí hay de imperfecto”, poniendo el acento en el conocimiento divino de nuestra debilidad. Por eso, la madre desea a Inés que su felicidad en el seguimiento de Cristo pobre haga al Padre inclinarse sobre ella dándole el gozo de verla caminar por la senda de la Vida.

Aparece por eso mismo evidente cómo el *ver* del que estamos tratando es sustancialmente el de la fe, que supera con creces cuanto está bajo los sentidos. Esto vale sobretodo para la celebración eucarística, de la cual tenemos pocos testimonios referidos a Clara. Nos parece sin embargo que este testimonio sea iluminador. Cuenta sor Francisca:

«...creyendo en cierta ocasión las hermanas que la bienaventurada madre estaba a punto de morir y que el sacerdote le debía administrar la sagrada comunión del Cuerpo de Ntro. Señor Jesucristo, la testigo vio sobre la cabeza de dicha madre Sta. Clara un resplandor muy grande y le pareció que el Cuerpo del Señor era un niño pequeño y muy hermoso. Y luego que la santa madre lo hubo recibido con mucha devoción como acostumbraba siempre, dijo estas palabras: “tan gran beneficio me ha hecho Dios hoy, que el cielo y la tierra no se le pueden comparar» (Proc 9,10)

Aquí se manifiesta primeramente la fe de la hermana que testimonia, que *ve* en la ostia el Cuerpo del Señor como un niño pequeño, evidenciando la realidad de la encarnación que se cumple en nosotros según nuestra capacidad de sostenerla, sujetos por la gracia. Finalmente en Clara es

---

<sup>9</sup> La expresión latina del Salmo: “*imperfectum meum viderunt oculi tui*” tiene un significado diferente de nuestra traducción del hebreo.

ocultada la comunión mística, de la cual ella nos deja entrever una parte, consciente de un don más grande de todo cuanto Dios ha creado, indicando así un nivel de fe muy elevado.

### *La fe*

La madre de las hermanas pobres usa solamente dos veces la palabra *fe*, en la *Forma de vida* a propósito de la fe católica que quien entra debe conocer, creer y estar pronta a confesar (cfr. *RegCl II*, 3-4), es decir, a testimoniar; y en la *3ª Carta* cuando afirma que Inés abraza el tesoro con la fuerza de la fe (cfr. *3CtaCl*, 7). En realidad Clara en sus escritos transparenta continuamente la grandeza de su fe, de la cual trataremos de buscar ahora algunas características.

#### *Adhesión a una persona*

Antes que nada, para ella no se trata de aceptar una realidad, sino de crecer y adherirse a Dios, a su misterio de Amor, revelado por Jesucristo, que se nos ha dado en la celebración cotidiana, entrando en el dinamismo de la vida trinitaria.

#### *Luz*

La fe ilumina el camino de Clara, como hemos visto al hablar de la centralidad de Dios en su vida (cfr. *TestCl* 24-26). Ha bebido continuamente del salterio orado, que día tras día le ha sugerido como Dios es luz; su Palabra es lámpara para nuestros pasos; incluso las tinieblas resplandecen para Él...

No es algo fulgurante, que se presenta como ineludible y cegador, sino una claridad que resplandece e ilumina el paso que hoy hay que dar, con algo tan ordinario como la palabra y el ejemplo de un pequeño hombre que está empezando una aventura evangélica y que a los ojos de sus contemporáneos está un poco loco. Esta luz la divisa quien cree, y aquel que la ve es reforzado cotidianamente en su fe.

#### *Confianza*

Así crece la confianza en Dios, que es una dimensión de la fe, casi diríamos que es su definición, madurada e intensificada por la madre de las hermanas pobres a través de la oración del salterio. El orante de los salmos es el pobre que confía en el Señor, poniendo en Él toda su confianza incluso en las situaciones difíciles y dolorosas de la vida, seguro de que Él vendrá en su ayuda. Por eso encuentra refugio a la sombra de sus alas (*Sal 90,1*). Tal mentalidad, que a través de la interiorización contemplativa penetra siempre más hondo convirtiéndose en algo natural, refleja la postura de Jesús, cuyo rostro es desvelado continuamente en estos cánticos de Israel.

Los *Escritos* de Clara manifiestan con continua evidencia cuánto la confianza es una de sus características más fundamentales. Encontramos la confirmación en las palabras pronunciadas por ella en el lecho de muerte a su alma:

«...vete segura en paz, porque tendrás buena escolta: el que te creó, antes te santificó y después que te creó puso en ti el Espíritu Santo, y siempre te ha mirado como la madre al hijo a quien ama» (*Proc 3,20*)

Parafraseando la *recomendación del alma* que hace la Iglesia en la hora en la que un creyente deja este mundo, la madre hace visible la postura fundante de su vida. Centrada en Dios, del que ha recibido la existencia como hija amada desde toda la eternidad, siendo ella misma morada del Espíritu Santo, artífice de todo su camino, ella se ve a sí misma como una niña pequeña amada y custodiada por un Padre tierno como una madre, que la ha mirado de modo especial en el don de la celebración litúrgica, de las hermanas, de todo lo cotidiano.

Su comportamiento no es infantil, sino que nace de la conciencia de una debilidad que se fía enteramente, como un niño en brazos de su madre. Encontramos aquí la interiorización profunda especialmente del *Salmo 130*.

### *El principio*

Esta confianza sin reservas nace también del tener siempre ante los ojos el principio, que no indica solo el punto de partida, con las motivaciones básicas de una decisión, sino que es constituido por las razones fundantes de nuestro ser cristiano: es el sentido auténtico de la vocación, tal vez descubierto poco después de la adhesión a la llamada. Cobra gran importancia también en la oración: cuando ésta corre el riesgo de perder su significado a causa de dificultades subjetivas, se puede perseverar porque el principio que la mueve está presente en la fe. Así, cuando durante la celebración o en circunstancias de la vida uno es atenazado por la duda, volver a ese fundamento da la fuerza para encomendar a Dios la propia incredulidad y suplicar: “aumenta nuestra fe” (*Lc 17,6*).

Más allá de las palabras dirigidas a su propia alma, son significativas al respecto las siguientes expresiones de Clara:

«...recordando como otra Raquel tu propósito, y mirando siempre tu punto de partida, retengas lo que tienes, hagas lo que haces, y jamás cejes...» (*2CtaCl 11*)

Exhortando a Inés a no temer las dificultades que sobrevienen en el seguimiento de las huellas de Cristo pobre y humilde, la madre le muestra una actitud importante con el fin de no dejar el camino emprendido. Por encima de todo le pide el hacer memoria de su *propósito*: se trata de aquello típico de la consagración de las vírgenes, que Clara identifica con el seguimiento de Cristo pobre. Por eso, apropiándose de una explicación medieval del nombre de Raquel<sup>10</sup>, la invita a ver siempre su principio, o sea, las motivaciones propias de su elección: el ardiente deseo del Crucificado pobre de quien hemos hablado, la llamada del Espíritu Santo...

De la conclusión del Testamento, ya citada, descubrimos que el *principio*, la gracia de los inicios de San Damián, más aún, el fundamento del camino emprendido, es un don del Señor resucitado. Con esta certeza de fe, la madre de las hermanas pobres puede mantener firme aquello que ya le es dado vivir y continuar avanzando por el camino de la Vida.

### *Entrega de sí*

De la postura de fe, que es confianza, abandono, pequeñez evangélica, como hemos procurado mostrar con la palabra de Clara, se deriva como consecuencia lógica, la entrega de sí, siempre más plena, de modo tal que va alejando poco a poco todas las reservas, las complicaciones y la distinción del buen sentido común. La madre sintetiza la urgencia a la luz del Evangelio: “porque una sola cosa es necesaria, y esto es lo único que protesto y aconsejo, por amor de Aquel a quien te ofrendaste como hostia santa y agradable” (*2CtaCl 10*).

Nos encontramos aquí frente a una referencia explícita al episodio de Marta y María, muy notable en el ambiente religioso de la época, que se basa en la distinción entre vida contemplativa y vida activa. Pero todo esto no le interesa a la Plantita, a ella le importa sólo la Palabra de Jesús: la *sola cosa necesaria* es, de hecho escucharle y seguirle.

En la *2ª Carta*, ardiente suplica a Inés a que no preste oídos a las voces que quieren alejarla del camino emprendido, Clara hace una llamada a la consagración total de la hermana lejana, fundándose una vez más en la Palabra, esta vez de Pablo:

«...os exhorto hermanos, por la misericordia de Dios, a ofrecer vuestros cuerpos como ostia pura, santa y agradable a Dios; sea éste vuestro culto espiritual» (*Rom 12,1*)

El apóstol indica al cristiano el culto al cual está llamado: no se le pide presentar a Dios cosas materiales, sino el ofrecerse a sí mismo en unión al sacrificio de Cristo, en una entrega sin reservas en las manos del Padre que no destruye a la persona, sino que le da la vida a través del pasaje pascual. La celebración eucarística permite vivir todo esto en el misterio, mientras nos hace capaces de actuarlo en la concreción de lo cotidiano.

---

<sup>10</sup> Propiamente la explicación del nombre de Raquel, “aquella que ve el principio”, viene de los Padres, pero el Medioevo la ha hecho propia aplicándola a la contemplación.

## Encarnación

Con tales sentimientos, el *ver* de Clara se dirige sobretodo a los misterios de Aquel por el cual ella se deja continuamente amar, en su encarnación:

«...mira –te digo- al comienzo de este espejo, la pobreza, pues es colocado en un pesebre y envuelto en pañales. ¡Oh maravillosa humildad, oh estupenda pobreza! El rey de los ángeles, Señor de cielo y tierra, es reclinado en un pesebre» (4CtaCl 19-21)

La continua atención de Clara al *principio*, se inserta por tanto en la dinámica de la encarnación, reviviendo todo el camino de abajamiento de Jesús. En un primer momento, la mirada llena de estupor frente al “Rey de los ángeles” hecho un niño pequeño, se detiene especialmente sobre la pobreza-humildad. Clara la ve en su concreción, sin brillos ni embellecimientos, y se enamora.

## El crucificado

En su *ver*, la madre es conducida a menudo, más aún, incesantemente, al Crucificado. Lo ve en el gran icono, que ha sido tan importante para el camino de Francisco y ahora es lugar cotidiano de la contemplación de las hermanas pobres de San Damián, y sobretodo en los relatos de la Pasión contenidos en el Evangelio:

«...míralo hecho despreciable por ti, y síguelo, hecha tú despreciable por Él en este mundo. Oh reina nobilísima: observa, considera, contempla con el anhelo de imitarle, a tu Esposo, el más bello entre los hijos de los hombres, hecho por tu salvación el más vil de los varones: despreciado, golpeado y azotado de mil formas en todo su cuerpo, muriendo entre las atroces angustias de la cruz» (2CtaCl 19-20)<sup>11</sup>

El *ver* de Clara es iluminado por la fe e inflamado por un amor que quiere asemejarse en todo al amado. Esta es la primera fase, por otro lado nunca abandonada, del camino místico de la madre. A primera vista se revela un rasgo estremecedor del recorrido terreno de Cristo: su hacerse *despreciable*, no sólo pobre entre los últimos de la sociedad, sino expresamente tratado como un delincuente y condenado al suplicio destinado a los esclavos, que lo ha privado incluso de su dignidad de hombre.

La acogida voluntaria de todo esto, nace del amor, de ese *por ti*, que Clara no se cansa de destacar, haciendo así evidente la entrega total y especial de Jesús por cada persona. De esta mirada, nace la voluntad de hacerse como Él, de elegir conscientemente en el camino de la vida la condición de los últimos.

La mirada de Clara penetra siempre en Aquel que es “el más bello entre los hijos de los hombres” (*Sal 44,3*), hecho por nuestra salvación el más vil; por eso, dentro de los dolores de la cruz le es dado el ver la belleza escondida en el don total de sí mismo. Sólo el amor, única fuerza capaz de vencer la muerte y el mal, nunca disminuye y genera nueva vida, como la Plantita experimenta cada día e la celebración de la Eucaristía.

---

<sup>11</sup> La referencia al *Sal 44,3* que sumerge a Clara en un clima nupcial, nos hace comprender cómo lo reza teniendo siempre ante los ojos al Crucificado. Los verbos del fragmento –que consideramos en su original latino: *vide, intueri, considera, contemplare, desiderans imitari*- indican el itinerario místico de Clara: 1) *vide*: mira con el ojo de la fe al Crucificado o un pasaje evangélico de la Pasión (léelo atentamente o repítelo en tu memoria); 2) *intueri*: penetra más a fondo (intus=dentro) con tu mirada, repite lentamente la Palabra dejándote poseer por las expresiones que más te toquen; 3) *considera*: reflexiona interiormente, confronta esta Palabra con otros pasajes de la Sagrada Escritura que hacen referencia a ella; 4) *contemplare*: ponte en silencio y deja que cuanto has visto y penetrado actúe en tu interior, deja a Dios hablarte en silencio al corazón, conducirte donde le plazca; 5) *desiderans imitari*: el deseo de ser como Jesucristo hasta las últimas consecuencias es el fruto de la contemplación, que se hace seguimiento en el día a día. Encontramos el mismo itinerario en la 4ª Carta donde *vide* es sustituido por *attende* (=mira atentamente) y el *desiderans imitari* conduce el fuego de la caridad hasta los desposorios místicos.

### *En el espejo*

La madre sumerge continuamente su mirada en el espejo, que es la Sabiduría hecha carne y finalmente crucificada, e invita a Inés a hacer lo mismo, porque solamente a esta luz se aprende el arte de la vida:

«...mira diariamente este espejo, y observa constantemente en él tu rostro: así podrás vestirme hermosamente y del todo, interior y exteriormente, y ceñirme de preciosidades y adornarte juntamente con las flores y las prendas de todas las virtudes, como corresponde a quien es hija y esposa castísima del Rey supremo» (4CtaCl 15-17)

Escrutar el propio rostro en el espejo quiere decir buscar la propia madurez humana y espiritual en la conformidad con Él, aprender de la Sabiduría crucificada a vivir en lo cotidiano la pobreza, la humildad y la caridad, que son los ornamentos dados al Esposo, precisamente en la cruz. El acento a la segunda parte del *Salmo 44*, referida a la esposa, nos confirma que Clara lo ha leído pensando en el Crucificado.

### *El bien en la hermana*

De la capacidad de mirar la trama de la vida a la luz del don continuamente recibido, con la actitud confiada de los pequeños, nace espontánea la disposición de ver el bien en la hermana:

«...realmente puedo alegrarme y nadie podrá arrebatarme este gozo. Tengo ya lo que anhelé tener bajo el cielo: veo como tú, sostenida por una admirable prerrogativa de la sabiduría de la boca del mismo Dios, superas triunfalmente, de modo pasmoso e impensable, las astucias del artero enemigo» (3CtaCl 5-6)

El ojo está limpio y sabe gozarse por el camino de quien está al lado, en quien se divisa el actuar de Dios.

### *Considera*

La mirada de Clara penetra siempre más a fondo en el misterio. Como María confronta dentro de sí los acontecimientos, la Palabra, el don de las hermanas, la debilidad humana, etc., y apunta más allá: de hecho *sidera*, en latín, son los astros. Mira por eso toda realidad desde el punto de vista de Dios, en su Luz, como actitud habitual.

### *El Evangelio*

Clara considera el Evangelio entero y especialmente el camino de *kenosis* de Cristo. El caminar de Jesús en su vida terrena es indicado claramente como argumento de las profundas reflexiones de la madre que exhorta a Inés a hacerlas propias:

«...en el centro del espejo considera la humildad: a lo menos, la bienaventurada pobreza, los múltiples trabajos y penalidades que soportó por la redención del género humano» (4CtaCl 22)

Es una mirada siempre más profunda que no busca especular sobre el misterio sino dejarlo que penetre en el corazón, sede de las decisiones y de la intimidad con el Tú, hecho libre de todo apego, para que los sentimientos de Jesucristo se conviertan en aquellos del orante dando orientación al camino de la vida.

### *La vocación*

Clara considera también la vocación de ser cristiana según la modalidad específica de su llamada en la Iglesia:

«...es pues, deber nuestro, queridas hermanas, tomar en consideración los inmensos beneficios de Dios en nosotras; y entre otros el que por medio de su servidor, nuestro amado padre el bienaventurado Francisco, se ha dignado realizar en nosotras, no sólo después de nuestra conversión, sino incluso cuando vivíamos en la miserable vanidad del siglo» (*TestCl* 6-8)

La madre reflexiona sobre los primeros pasos de un camino, haciendo memoria de los dones de Dios recibidos por medio de Francisco. Ha sido, de hecho, Dios mismo, rico en misericordia y siempre benévolo con sus criaturas, quien ha iluminado al Pobrecillo, para que dijera palabras admirables sobre “nuestra vocación y elección” (*ibi* 15-17).

### *La debilidad humana*

Continuando su acción de gracias por todos los pasajes de una respuesta acompañada de la gracia divina, la madre vuelve la mirada a la condición de fragilidad de las mujeres que se adhieren a la llamada del Señor:

«Así pues, yo Clara, servidora, aunque indigna, de Cristo y de las hermanas pobres del monasterio de San Damián, verdadera plantita de San Francisco, considerando con mis hermanas nuestra altísima profesión y el mandato de tan gran padre, como también la fragilidad de otras, como la que tenemos en nosotras después de la muerte de nuestro santo padre Francisco, columna nuestra, nuestro único consuelo después de Dios, y nuestra firmeza, voluntariamente nos comprometimos una y otra vez con nuestra señora la santísima pobreza, a fin de que ni las hermanas actuales ni las futuras puedan en manera alguna separarse de ella después de mi muerte» (*TestCl* 37-39)

El mirar la propia vocación con sus exigencias evangélicas lleva a reflexionar con sano realismo sobre la imposibilidad humana de responder sin la gracia. Precisamente para encontrar en Dios la fuerza, Clara renueva repetidas veces con sus hermanas el compromiso de vivir la pobreza, que es el seguimiento de Cristo pobre: respuesta a su mandamiento de *hacer memoria*, caminando como Él en el abandono total a la voluntad del Padre hasta el don total de sí. La celebración de su misterio da la capacidad a quien no se cansa nunca de confesar su propia debilidad.

### *Los acontecimientos*

De una lectura atenta sobre el Testamento, emergen también lo que la Plantita considera como los acontecimientos de la vida, el propio camino y el de la fraternidad suscitada por el Padre en San Damián, descubriendo la trama del actuar de Dios, viendo en cada circunstancia su cuidado providente y su amorosa misericordia. Traduce así en lo concreto de cada día la mirada a las circunstancias humanas como historia del actuar de Dios en favor de sus criaturas; mirada que penetra la Biblia culminando con la Pascua de Jesús. La celebración de los divinos misterios, cantando este pacto de amor, ha penetrado en lo íntimo de Clara, que una vez más manifiesta el pasaje de la acción litúrgica en su vivencia más honda.

### *Contempla*

En su mirada, Clara da un tercer paso, en el cual el *ver* se convierte en *contemplar*. La mente ya no actúa más, deja libre el espacio a Dios, que se manifiesta en lo más íntimo desvelando los misterios de Cristo, mientras lleva a una profunda penetración cuanto es celebrado en la Eucaristía y en la Liturgia de las horas, dejándolo morar en el corazón por medio de un largo y solitario permanecer delante del Tú.

### *La Encarnación*

“Aquel Hijo del Altísimo, dado a luz por la Virgen, la cual siguió virgen después del parto” (3CtaCl 17) aferra indeciblemente a Clara. El estupor, que está en la base de su mirada sobre la encarnación, la conduce a aquel amor que ve desde dentro cuanto supera infinitamente nuestra capacidad de comprensión. Como siempre, para decir lo indecible las palabras brotan espontáneas de la Palabra orada. En esta ocasión se trata del Evangelio de la Anunciación, tan importante en el camino de Francisco y Clara, del cual la madre capta su profundo significado cristológico. Se trata de hecho del *Hijo del Altísimo*, el Dios totalmente Otro de los salmos y de los profetas, venido hasta nosotros en la carne de una jovencilla de Nazaret, de la cual la Plantita subraya su singular maternidad, contemplándola unida al Hijo, que es para ella su vocación única y el sentido de su existir.

### *Pobreza y humildad*

En la unión mística con tal Señor que quiere descender hasta nosotros, Clara es atraída de modo especial por la pobreza y humildad de la Encarnación (cfr. 4CtaCl 20-21). El Amor que invade su pequeñez hace rebosar de estupor frente a esta opción por la condición de los últimos, de los pobres que hallan sólo en Dios su fuerza. La mirada a la Palabra hecha carne como “Rey de los ángeles” es típica de la liturgia navideña, mientras que la referencia que sigue: “te bendigo, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeños” (Mt 11,25), pone al descubierto el contraste entre la grandeza del Padre y los pequeños a los que se revela, típica de la contemplación de Clara.

Aquí, como en otro lugar, ella refiere al Hijo cuanto en el Evangelio se dice del Padre subrayando la unidad de la misma naturaleza divina, mientras hace más evidente el contraste con el recién nacido “recostado en un pesebre” (4CtaCl 21). Esta última referencia al pasaje de Lucas, leído en Navidad, entra dentro de los pasajes evangélicos que tienen más importancia para Clara. Ella se deja aferrar de su indecible abajamiento, del cual hace una fuerte experiencia<sup>12</sup> por la contemplación mística que trae consecuencias decisivas para el seguimiento de Cristo.

### *La caridad del Crucificado*

Pero la culminación de la contemplación mística de Clara es la caridad del Crucificado:

«En lo más alto del mismo espejo contempla la inefable caridad: con ella escogió padecer en el leño de la cruz y morir en él con la muerte más infamante» (CtaCl 23)

Penetra en las profundidades del espejo, en la hora en que su don de amor ha alcanzado el vértice, cuando “después de haber amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1). En este “lo más alto”, puesto a la luz por Clara como si fuese un lugar que buscarse en el espejo, mientras constituye el punto hacia el cual tiende el camino del Hijo de Dios sobre la tierra, se coloca establemente su visión mística. No es efecto de fenómenos extraordinarios, aunque uno de ellos se entrevé cuando Sor Felipa narra un cierto sueño, que es éxtasis mística, vivido por la madre un viernes santo (cfr. Proc III, 25), sino del Amor que aferra y hace partícipe del misterio. La celebración litúrgica hace a Clara capaz de conformarse en todo al Amado y desborda en la comunión fraterna, como se transparenta en el Testamento (TestCl 59-60)

---

<sup>12</sup> El término *experiencia*, que se usa habitualmente por la dificultad al no encontrar otro mejor, es inadecuado para expresar cuanto sucede en lo íntimo: se trata de algo de lo cual la persona es completamente consciente, lo *siente* pero no con sentidos corporales, aún sabiendo que no se lo puede dar, porque proviene de la gratuita benevolencia de Dios. Se puede intentar una definición de la experiencia mística en la línea franciscano-clariana en estos términos: la experiencia de Dios trino operante en Jesucristo, provocada en el alma por una especial moción del Espíritu Santo. Por *alma*, se entiende la parte más íntima de la persona, en cuanto que vuelta continuamente a Dios. La moción del Espíritu Santo es aquella que Francisco y Clara llaman *santa operación*: es mucho más que una ayuda cotidiana que el Espíritu da al cristiano, que lo mantiene en la vida de gracia. Es un camino de progresiva expropiación de cuanto aleja de Dios, acompañado por la iluminación sobre el conocimiento de Él y de sí que da un fuego de Amor siempre más ardiente (cfr CtaO 50-52)

### *La Sabiduría*

La visión del espejo desvela poco a poco su identidad con la Sabiduría:

«...porque Él es esplendor de la eterna gloria, reflejo de la luz perpetua y espejo sin mancha...mira diariamente este espejo y observa constantemente en él tu rostro... en este espejo resplandecen la bienaventurada pobreza, la santa humildad y la inefable caridad, como lo podrás contemplar en todo el espejo.» (4CtaCl 14-15.18)

La doble referencia al inicio de la carta a los Hebreos (*Heb 1,3*), que se lee en la misa de Navidad, y la descripción de la Sabiduría contenida en el libro homónimo, en el cual es llamada *espejo* (*Sab 7,26*), nos dice claramente que se trata de la Palabra hecha carne, contemplada en toda la vida terrena de Jesús, pero especialmente sobre la cruz. De la Sabiduría crucificada, centro de su dejarse amar continuamente por el Hijo amado, Clara absorbe la linfa vital para un camino que se coloca establemente a los pies de la cruz, para asumir totalmente en sí la dimensión de muerte acogida por amor, de la cual nace el esplendor de la gloria, el gozo de la resurrección que se da ya hoy y que espera revelarse plenamente. Es la celebración eucarística la que cada día la introduce en el misterio.

### *Gustar a Dios*

Aquí y allí, la madre indica algunas características de esta contemplación mística, haciendo referencia sobretodo a los ya anotados sentidos espirituales<sup>13</sup>, a los cuales naturalmente pertenece el *ver*, que estamos tratando más extendidamente. Además, la experiencia de la contemplación lleva a gustar a Dios:

«...transfórmate toda entera, por la contemplación, en imagen de su divinidad. Así experimentarás también tú lo que experimentan los amigos al saborear la dulzura escondida que el mismo Dios ha reservado desde el principio para su amadores.» (3CtaCl 13-14)

Este texto es fundamental para comprender la contemplación de Clara, como siempre anclada en la Palabra orada. Es justamente de ésta que debemos partir, para penetrar el sentido de las expresiones usadas:

«Y nosotros todos, con el rostro descubierto, reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en esa misma imagen, de gloria en gloria, según la acción del Espíritu del Señor» (2Cor 3, 18)

Nos encontramos todavía frente a la imagen del espejo, del cual la madre ha hablado en el versículo precedente al que estamos examinando. Sin embargo, el espejo de Clara es sin mancha, en cambio aquel del que habla Pablo se refiere a nosotros, criaturas similares a los objetos de metal usados antiguamente, que reflejaban muy mal el rostro de la persona.

En el transcurso de la carta, que tiene un tono de exhortación urgente, la Plantita, se está dirigiendo a Inés con el tiempo imperativo: de aquí el *transfórmate* que encontramos en el texto. El pensamiento auténtico de la madre, se nos clarifica sin embargo por la Palabra que tiene en mente, “*somos transformados*”, y el autor de esta transformación es el Espíritu del Señor. Se trata por eso

---

<sup>13</sup> Los dichos *sentidos espirituales*, transfieren los 5 sentidos corporales a la esfera espiritual y mística, guiada por el Espíritu. El significado es simbólico, porque hace referencia a otra realidad. Aún así, el lenguaje nos consiente intuir algo de la experiencia de Dios que se quiere describir. En Clara están presentes los cinco con un predominio del *ver*, culminando en el *tacto* en las referencias al *Cántico* de la 4ª *Carta*. Según los estudiosos, para afirmar que un autor usa intencionadamente esta doctrina, es necesario que los cinco sentidos aparezcan juntos en el mismo pasaje. En nuestro caso parece difícil definirlo, porque se trata de cartas. Lo importante, sin embargo, no es la modalidad, cuanto aquello que la Plantita quiere transmitir.

de dejar actuar al Espíritu del Señor, el cual, en la contemplación, don suyo, nos transforma en la imagen de Dios que nos constituye y tiene un rostro concreto: el de Jesucristo.

En la experiencia de conformidad amorosa con Él, se siente, no con los sentidos corporales, sino a aquel nivel profundo e indecible que es la relación con Dios, aquello que “*experimentan los amigos*” por la comunión íntima con Él, de forma que los llegue a hacer partícipes de su misma vida. Intentando describirlo, Clara recurre como siempre a la Palabra, sobretudo a aquella orada continuamente, o sea los salmos, enlazando la referencia a dos versículos diversos: “gustad y ved qué bueno es el Señor” (*Sal 33,9*), “¡Qué grande es tu bondad Señor!, la reservas para los que te temen” (*Sal 30,20*). A ese gustar a Dios, su suavidad, en la versión latina orada por Clara, se une a la dulzura escondida presente también en el texto latino del segundo salmo, que suena así: “Qué grande es la multitud de tus dulzuras, Señor, que has escondido para aquellos que te temen”.

La madre, confiada en su propia experiencia, ha cambiado el final de la frase con el término *amantes* aquellos que se dejan aferrar por Su Amor. También en esto se ha guiado de una expresión paulina: “lo que ni el ojo no vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman” (*1Cor 2,9*)

Subrayando que Dios desde el principio ha reservado o preparado para quien lo ama el don de la comunión con Él, Clara prueba a entrever como cómo su visión está dirigida a todo el diseño divino, a un Amor preveniente que quiere hacernos partícipes en plenitud de la condición de hijos (*Cfr. Ef 1, 4-5*). Es la certeza de fe que acompaña toda la *3ª Carta*, en la cual, la contemplación es consecuencia de la dignidad filial que el Padre nos ha dado. Esta mirada global al plan de la salvación se da en cada celebración eucarística con la participación en la comunión que la contemplación hace experimental.

### *La belleza*

En el diálogo de amor con el Tú divino, Clara es atrapada por la belleza, *viendo* algo que va más allá de todos los cánones humanos, porque se coloca en el ámbito de la gratuidad del Amor.

A este propósito Clara se refiere siempre a Jesucristo, el crucificado resucitado: “cuya belleza admiran el sol y la luna, cuyos premios no tienen límite ni por su número ni por su preciosidad ni por su grandeza” (*3CtaCl 16*); “cuya hermosura admiran sin cesar todos los bienaventurados ejércitos celestiales; cuyo amor aficiona, cuya contemplación nutre” (*4CtaCl 10-11*).

Contemplando esta belleza la madre ve a las criaturas que brillan en el cielo y son fuente de luz, llenas de admiración frente a Aquel que ha bajado hasta nosotros y en su humanidad ha sido enaltecido en un trono de gloria. Las palabras le son prestadas una vez más de la liturgia, en nuestro caso del oficio de Santa Inés, virgen y mártir. El “Cordero inmaculado” (*ibi 8*) está circundado del estupor de miríadas de ángeles en incesante adoración a Dios. En este himno a Cristo, Clara revela cuánto está aferrada, herida, prendida por su amor y cuánto consuelo, esto es, paz y quietud de alma, le da la contemplación de una belleza que viene a nosotros místicamente en la celebración de la Pascua de Aquel que es el viviente.

### *Las indecibles delicias*

Tanto con la mirada a la vida eterna, como con la alusión a *las recompensas*, con las cuales Clara no entiende nada más que su Señor, se nos dice de otro modo, en otro punto, donde en el coloquio místico afloran las “indecibles riquezas” (*4CtaCl 28*). Se trata de una experiencia del todo impensable, fruto solamente de la acción del Espíritu, a la cual la Plantita no se sustrae: ningún sufrimiento humano puede apagarla, porque tiene su raíz en la Pascua, en una participación plena en este misterio de muerte y de vida. Tiene su comienzo en el camino terreno, su fuerza en cada Eucaristía y se proyecta en la perfecta unión de la Jerusalén celestial.

### *La dignidad de los hijos de Dios*

La contemplación del misterio de Jesucristo conduce a la experiencia mística de la dignidad de los hijos de Dios, que es la realidad maravillosa de nuestro bautismo, en el cual nos hacemos conscientes de modo experimental de que somos morada de la Trinidad:

«Pues es clarísimo que, por la gracia de Dios, la más noble de sus criaturas, el alma del hombre fiel, es mayor que el cielo: los cielos, con las demás criaturas, no pueden abarcar a su Creador; pero el alma fiel –y sola ella- viene a ser su morada y asiento y se hace tal sólo en virtud de la caridad, de la que carecen los impíos. Así lo afirma la misma Verdad: quien me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y vendremos a él, y moraremos en él» (3CtaCl 21-23)

A través de la Escritura, Clara deja emerger su conciencia de hija, a la cual le es dado el ser morada del Dios trino. Retoma por eso las expresiones joánicas que introducen en el dinamismo del amor trinitario, del cual nos hacemos partícipes porque hijos en el Hijo. Es la estupenda realidad de la vida cristiana, que Dios da a todos de modo específico en la comunión eucarística, pero para hacer experiencia es necesario dejarse aferrar por el Amor y no temer seguir las huellas de Jesucristo hasta la desnudez de la cruz. Aquí la madre de las hermanas pobres está mostrando la esencia misma de la vocación, sobre la cual el Padre la ha iluminado por medio de Francisco (cfr. RegCl VI, 3).

Es el significado de una vida que en el ser hijas no ve solamente un don, sino que hace de la actitud filial un rasgo constitutivo del propio caminar. Y está a su vez estrechamente unido a la entrega total de sí innata en el ser *esclavas*: siervas en sentido cultural, totalmente pertenecientes a Dios como la Virgen María, viviendo como ella una disponibilidad sin reservas a la santa operación del Espíritu. Está ligado a la opción de *vivir el santo Evangelio*, que es la persona misma de Jesucristo, cuya *perfección* es el don total de sí cumplido por la inefable caridad en la desnudez de la cruz, traducido por Clara en el seguimiento de Cristo pobre y humilde.

Esta llamada trinitaria involucra toda la vida, marcada por los sacramentos que sumergen en el misterio, pero que encuentra su dinamismo, el punto de fuerza capaz de armonizar toda dimensión, propiamente en la contemplación mística de la Trinidad, vértice del *ver* de la Plantita.

### *Como María*

La dimensión trinitaria nos conduce a subrayar un aspecto complementario e importante de la actitud orante de Clara, que hemos apenas indicado: el ponerse frente al Dios trino con la misma disponibilidad total a su designio que caracteriza a la Virgen María. Es la pobreza de quien reconoce que recibe todo de Dios y se pone en disposición de acoger incesantemente su don: un vacío llenado por el Todo. Esta dinámica, que caracteriza al cristiano en su vivir el bautismo, tiene en la Madre de Dios el ejemplo más completo, como subraya la madre de las hermanas pobres:

«La gloriosa Virgen de las vírgenes lo llevó materialmente, tú siguiendo sus huellas, principalmente las de la humildad y pobreza, puedes llevarlo espiritualmente siempre, fuera de toda duda, en tu cuerpo casto y virginal; de ese modo contienes en ti a quien te contiene a ti y a los seres todos, y posees con Él el bien más seguro en comparación con las demás posesiones, tan pasajeras, de este mundo» (3CtaCl 24-26)

El misterio de la encarnación, que ha hecho a María de Nazaret madre de Cristo, se cumple en quien sigue las huellas del Hijo<sup>14</sup>: ¡tal vez ya hemos comprendido a dónde conducen...!

---

<sup>14</sup> En el pasaje de la 3Carta al cual se hace referencia, el texto latino se presta a una doble interpretación: *eius vestigia* pueden ser tanto sus huellas (de Cristo) como de ella (de María). Esta referencia a *1 Pe 2,21*, texto fundante para Francisco y Clara, es siempre usado para referirse al seguimiento de Cristo. En nuestro caso, sin embargo, teniendo presente que Clara habla siempre de María cuando trata de la pobreza, podemos ver un querer ambivalente, un abrazar en una sola mirada a la Madre y al Hijo, casi como decir: seguir las huellas de Cristo como su primera discípula María.

Esta actitud de fondo, por un lado dispone eficazmente a la contemplación del misterio, y por el otro, da siempre mayor concreción cotidiana propiamente del continuo sumergirse en el camino trinitario.

Todo esto tiene su lugar más específico en la celebración eucarística, donde toda la Trinidad nos acoge en la entrega del Hijo, del cual brota la salvación, y en el “haced esto en memoria Suya”, unimos nuestra entrega a la suya para hacernos capaces, en virtud de su hacerse pan por nosotros, de transmitir con la vida la caridad efundida en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo en el bautismo y en cada celebración eucarística.

### 3. ESCUCHAR

En este camino que conduce al don de sí, tener el oído atento es la actitud típica del orante. Porque la oración es principalmente hacer silencio dentro de sí, para ponerse a la escucha de Dios, para acoger con obediencia su voluntad. Clara usa poco el verbo *escuchar* y sus derivados, pero deja emerger las características describiendo diversas facetas.

#### *La Palabra creadora*

Sobretudo ella capta el *decir* del Creador y canta la Palabra, la Sabiduría creadora. En el himno a la pobreza, que es la Sabiduría venida a nuestra carne, expresa poéticamente su estupor místico frente a la elección de abajamiento de la Palabra creadora, recurriendo una vez más a los salmos:

« ¡Oh piadosa pobreza, a la se dignó abrazar con predilección el Señor Jesucristo, el que gobernaba y gobierna cielo y tierra, y, lo que es más, lo dijo y todo fue hecho!» (1CtaCl, 17)

Según su estilo propio, envuelve en una sola mirada el poder creador y la pobreza, que no retiene nada para sí, en una entrega total: se indica con el adjetivo *piadosa*, cuyo sentido se ha empobrecido hoy en día, mientras que en la mente de Clara se refiere a quien ha puesto a Dios en el centro de la propia vida y en este caso específico, abandona todo por Él. La expresión, clave, es muy familiar a esta mujer que la reza en dos salmos: «pues él habló y fue así, mandó él y se hizo» (Sal 32,9); «alaben todos el nombre del Señor, pues él lo dijo y fueron creados» (Sal 148,5). En el texto latino, la parte del versículo citada de la carta en cuestión es idéntica. Para la madre se trata de escuchar con corazón admirado, de modo que la alabanza transforme la vida haciendo gozosa la pobreza.

#### *El Evangelio*

Clara escucha la Palabra especialmente en el Evangelio. Cuando es proclamada en la celebración eucarística escucha al mismo Jesús dirigirse personalmente a ella. Es una voz que llama de diversos modos.

#### *El espíritu del Señor*

La Palabra se hace oír a través del Espíritu del Señor, que es el Espíritu Santo efundido sobre los discípulos por el Resucitado. Es Él, de hecho, quien suscita toda respuesta a la vocación cristiana, como la madre recuerda a Inés, mientras está sometida a graves presiones que quieren disuadirla de la vida abrazada:

«...de nadie te fíes ni asientas a ninguno que quiera apartarte de este propósito o que te ponga obstáculos para que no cumplas tus votos al Altísimo con la perfección a la que es Espíritu del Señor te ha llamado» (2CtaCl 14)

La fuerza de resistir no proviene de motivaciones humanas, sino de la certeza de esta llamada. Habiéndola escuchado y dejando que resuene incesantemente en el interior, Inés se hace capaz de entregar, de restituir, o sea, de cumplir las promesas, el sí pronunciado delante de Dios. El salmo al cual Clara hace referencia, se mueve en el contexto de la alianza y pide a Israel el no presentar sacrificios materiales, sino el «ofrece a Dios un sacrificio de alabanza y cumple tus votos al Altísimo» (*Sal 49,14*). El culto agradable a Dios, es, de hecho, la obediencia a la Palabra, que asume un significado especial para quien acompaña el propio día con la Liturgia de las Horas, y en cuya ofrenda de alabanza es capaz de transformar la existencia entera en un himno al Altísimo. Encuentra su propio vértice en la celebración eucarística donde el “sacrificio de alabanza”<sup>15</sup> de toda la Iglesia y de cada uno de sus miembros, se inserta en la única ofrenda agradable a Dios: la del Hijo Amado.

### *La Sabiduría crucificada*

La Palabra, de hecho, se dirige a Clara sobretodo en el Crucificado pobre y esto acontece de modo eminente en la celebración pascual que se cumple cada día en la liturgia. A este respecto, hemos ya dicho todos los matices del *ver*. La escucha no es más que la consecuencia. Sin embargo en la madre asume sobretodo el rostro de la Sabiduría crucificada, de la cual aprende a hacer realidad en sí misma cuanto ha celebrado en la Eucaristía:

«...por eso el mismo espejo, colocado en el árbol de la cruz, se dirigía a los transeúntes para que se pararan a meditar: ¡Oh vosotros todos, que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante a mi dolor! Respondamos a una voz, con un espíritu, a quien así clama y gime: ¡no te olvidaré jamás y mi alma agonizará dentro de mí!» (*4CtaCl 24-26*)

En este texto de la 4ª Carta, el Espejo se anima y la Sabiduría habla, no a las encrucijadas de los caminos como en el libro de los Proverbios, sino desde lo alto de la cruz, expresándose con el texto de *Lam 1,12*, que en su contexto se refiere a Jerusalén destruida por el ejército de Babilonia. Como Francisco, la Plantita aplica el versículo bíblico a la Sabiduría crucificada. Quien pasa por el camino, esto es quien recorre el camino de la vida buscando seguir los caminos del Señor, es invitado a pararse y a mirar su dolor. De la medida de esta mirada brota la respuesta “con una sola voz, con un solo espíritu”.

En este punto, la madre no involucra solo a Inés, sino a todas las hermanas pobres, porque está en juego el corazón de su vocación, que se coloca propiamente en el Calvario. El sí de Clara comporta la memoria constante del dolor y del amor del Crucificado y el compartir apasionado de sus sufrimientos, de su actitud frente al Padre y frente a los hombres. Esta es la sustancia del prolongar en lo cotidiano aquello de lo que la celebración eucarística nos hace partícipes. La Sabiduría crucificada no se cansa de enseñarlo a través de diversas modalidades muy presentes en el camino de la Plantita.

### *El camino*

Sobretodo indica el *camino* que Clara con admirable síntesis, sacada del Evangelio de Juan (cfr. *Jn 14,6*), anota en su *Testamento*: “el Hijo de Dios se nos ha hecho camino” (*TestCl 5*). Para ir al Padre no hay otra senda, si no es aquella recorrida por la Palabra hecha carne hasta la cruz y la resurrección.

---

<sup>15</sup> En el Canon romano, única oración eucarística proclamada en la liturgia latina en el tiempo de Clara, antes de la epiclesis y de las palabras de la institución de la Eucaristía, se reza así: “pro quibus tibi offerimus hoc sacrificium laudis [...] tibi que reddunt vota sua, aeterno Deo, vivo et vero...”, “por los cuales –los oferentes– te ofrecemos este sacrificio de alabanza [...] y ellos cumplen (restituyen) sus votos, a ti, Dios eterno, vivo y verdadero”. Está clara la referencia al salmo citado por la Plantita, que sin duda alguna, le recuerda las palabras de la Misa.

### *La sabiduría*

Así, permaneciendo en Jesucristo, se aprende a buscar y escuchar la sabiduría en la concreción de la vida cotidiana, teniendo presentes las líneas fundamentales de la lucha que forma parte de la condición humana:

«veo cómo tú, sostenida por una admirable prerrogativa de la sabiduría de la boca del mismo Dios, superas triunfalmente, de modo pasmoso e impensable, las astucias del artero enemigo, y la soberbia que arruina la naturaleza humana, y la vanidad que infatúa los corazones de los hombres; y cómo has hallado el tesoro incomparable, escondido en el campo del mundo y de los corazones de los hombres, con el cual se compra nada menos que a Aquel por quien fueron hechas todas las cosas de la nada; y cómo lo abrazas con la humildad, con la virtud de la fe, con los brazos de la pobreza.» (3CtaCl 6-7)

Quien quiere seguir al Señor, está llamado a combatir contra la tentación, contra “las astucias del artero enemigo”, que tiene un buen aliado en la mentalidad del mundo. Este quiere siempre dominar dentro de la persona humana, a través de la soberbia que lleva a colocarse en el centro, a poner sobre todo los propios intereses personales, a querer en la práctica despreciar a Dios, y a buscar sobresalir y prevalecer sobre los demás. Se sirve también de la vanidad, o sea, de las cosas de este mundo: fugaces como un soplo. Son bellas y buenas si se alaba al Señor con ellas, pues proceden de Él, pero esclavizantes si el corazón se apega a aquello que es efímero, que pasa, y que, alimentado por el egoísmo, destruye el amor.

En esta lucha, la “sabiduría de la misma boca de Dios” es más poderosa que nuestra miseria y nos sostiene, mientras nos guía por caminos capaces de hacernos vencedores. Clara lo indica claramente: se trata de abrazar el tesoro evangélico, que es la misma Sabiduría. Para ello, es necesario caminar con *humildad* –actitud típica de Jesús, que con lenguaje sapiencial, invita: “aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11,29)-, con la *fuerza de la fe* de la cual hemos ya hablado, y con los *brazos de la pobreza*. Quien no tiene nada que lo retenga, puede, de hecho, aferrar el tesoro, porque en sus manos no existe el impedimento de las riquezas terrenas.

### *La pobreza*

La sabiduría conduce al camino de la pobreza:

«...pues vos, habiendo preferido el desprecio del siglo a los honores, la pobreza a las riquezas temporales, y guardar cuidadosamente los tesoros en el cielo y no en la tierra, allí donde la herrumbre los corroe, ni los come la polilla, ni los ladrones los descubren y roban [...]» (1CtaCl 22-23)

«Amonesto y exhorto en el Señor Jesucristo, a todas mis hermanas, presentes como futuras, que se esfuercen siempre en imitar el camino de la santa sencillez, humildad y pobreza, como también el decoro de su santa vida religiosa, según fuimos instruidas, desde el inicio de nuestra conversión, por Cristo y por nuestro bienaventurado padre Francisco» (TestCl 56-57)

La pobreza sobre la cual Clara insiste tanto, nace como consecuencia de haber encontrado el tesoro, abrazando al Crucificado pobre. Se trata de una actitud que involucra todos los aspectos de la vida, con una salida concreta en la pobreza material, que no se puede infravalorar. Aquí debemos sin embargo, mostrar cómo la oración guía en esta dirección, especialmente a través de los salmos dominados por la actitud del pobre que pone en Dios toda su confianza. El coloquio contemplativo místico lleva a encontrar en Dios el único bien, mientras nos hace más conscientes de la propia pequeñez amada y colmada sólo por Él. De este modo, las posesiones de este mundo palidecen frente al Sumo Bien. El *haced esto en memoria mía*, pedido por el Pobre a los suyos en la cena en la que ha celebrado la anticipación de su muerte, que se inserta en cada Eucaristía, ha llevado a Clara pobre por el mismo camino.

### *El camino estrecho*

Caminando por esta vía, se descubre cuan estrecha es. La búsqueda de la sabiduría nos hace, de hecho, conscientes de que sólo los pobres son capaces de recorrerla:

«...os habéis despojado de los vestidos, esto es, de las riquezas temporales, para no sucumbir de ningún modo ante el enemigo, para entrar en el cielo por el camino arduo y la puerta estrecha» (1CtaCl 29)

Sustancialmente el pasaje es difícil porque es el de la cruz. Por eso somos reconducidos una vez más al dinamismo pascual que pasa de la celebración eucarística a lo cotidiano. Es importante tenerlo siempre presente para no venir a menos prefiriendo el camino ancho de la mentalidad del mundo:

«Y puesto que estrecho es el camino y estrecha la senda y angosta la puerta por la que se va y entra en la vida y son pocos los que recorren tal camino y entran por la puerta y, si hay algunos que durante cierto tiempo van por ese camino, son poquísimos los que perseveran en él; serán bienaventurados aquellos a quienes les ha sido dado caminar por él y perseverar hasta el fin» (TestCl 71-73)

Perseverar es bienaventuranza, pero reclama vigilancia para no hacer caer en la rutina la grandeza del misterio de muerte y de vida del cual cada día somos hechos partícipes; y el ser capaces de dejarlo actuar en todo camino arduo que nos encontramos en las relaciones fraternas, en las heridas profundas del corazón, cumpliendo continuamente la íntima adhesión y entrega que encierra en sí la alegría de la resurrección.

### *La obediencia*

La escucha de la Palabra lleva a aquello que Pablo llama “la obediencia de la fe” (Rom 1,5), esto es, a la adhesión al Evangelio cumplida con el corazón y con la vida, identificada con la observancia de los mandamientos de Dios, de Jesús. Clara se expresa en los mismos términos, especialmente en su *Testamento*. Así hace memoria de la “profecía de Francisco” sobre las hermanas pobres que vendrían a habitar en San Damián y concluye:

«...con cuánta solicitud y con cuánto empeño del alma y del cuerpo no debemos cumplir los mandamientos de Dios y de nuestro Padre, para devolver multiplicado, con la ayuda del Señor, el talento recibido» (TestCl 18)

La Plantita prefiere la custodia de los mandamientos a la observancia. Es, de hecho, una actitud de fondo, la conciencia de haber recibido un don que hay que restituir: de esto precisamente habla Clara justo después. Volveremos más adelante, aquí nos basta con subrayar que el *talento* que ha de ser multiplicado es la vocación: está en juego la respuesta a una llamada. Incluso los verbos en varias lenguas se corresponden: *audire* y *ob-audire*, para limitarnos al latín, indicando una escucha a la cual sigue una adhesión no verbal, sino de vida. La madre conoce también el peligro de alejarse de los mandamientos, y poniendo en guardia frente a tal eventualidad, cita del *Salmo 118* la maldición para los que dejan el camino de Dios, con un lenguaje que sorprende en ella, pero que denota la premura materna de custodiar a las hermanas de la más terrible desgracia, que es la de abandonar al Señor.

Los mandamientos a los que se refiere Clara son si duda las Diez Palabras, y, más explícitamente, su compendio en el amor a Dios y al prójimo, pero asumen un valor particular en la observancia de la altísima pobreza, que se repite en el *Testamento* como un estribillo. Se trata por

eso de seguir a Cristo pobre hasta la desnudez de la cruz, sentido específico de la llamada de las hermanas pobres, en el cual se traduce la obediencia a Dios, el continuo escuchar su voz.

### ***La “compassio”***

En definitiva, es posible continuar caminando en la vía, a pesar de los obstáculos y las caídas, si la escucha se hace *compassio*, un sufrir con Jesucristo crucificado, como ya hemos subrayado (cfr. *4CtaCl 24-26*) a propósito del adherirse a la Sabiduría que llama desde lo alto de la cruz.

### ***Respuesta al Amor***

Se trata de responder al Amor, con la fuerza del mismo “amor de Dios que ha sido versado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado” (*Rom 5,5*):

«deja de lado absolutamente todo lo que en este mundo engañoso e inestable tiene atrapados a sus ciegos amadores, y ama totalmente a quien totalmente se entregó por tu amor» (*3CtaCl 15*)

Una vez más, consciente de la lucha que hay que librar, Clara hace suyas las palabras de Pablo: “esta vida en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí” (*Gal 2,20*), invitando a Inés a una totalidad de amor que responde al total don de sí de Jesucristo sobre la cruz.

El Amén con que concluye la plegaria eucarística, y con el cual la respuesta coral de la asamblea expresa la adhesión al sí del Señor en su Pascua, se traduce concretamente en una acogida sin reservas a aquel Amor que ha llevado a Jesús a amar a los suyos hasta el extremo. A lo largo del camino, la madre experimenta siempre más la pasividad activa innata en el amar. Se trata de hecho de dejar al Amor la libertad de actuar en nosotros, que exige un abandonar todo cuanto no sea Él: “así te inflamarás más y más fuertemente en el fuego de la caridad, ¡oh reina, esposa del Rey celestial!” (*4CtaCl 27*).

### ***Abrazar***

El sí incondicional al amor asume una dimensión nupcial que tiene consecuencias concretas tales como para conferir continuidad a la unión mística rebotante en la vida: “abrazo, virgen pobre, a Cristo pobre” (*2CtaCl 18*).

La importancia del abrazo, radica en hacernos cada vez más semejantes a Él. Una vez más, se trata de hacer realidad las bodas de Dios con la humanidad, que se celebran en cada Eucaristía, el pacto de amor que ha llevado al Hijo del Altísimo a abrazar nuestra frágil carne, experimentando la debilidad hasta la muerte de cruz, para darle la Vida.

La elección de vivir sólo para Cristo se coloca en esta dinámica, como ya se entrevé en la decisión de Inés de caminar por la vía emprendida por Clara: “ya os abraza estrechamente Aquel que ha ornado vuestro pecho con piedras preciosas y ha puesto en vuestras orejas por pendientes unas perlas de inestimable valor” (*1CtaCl 10*).

En su himno a la pobreza, en la estela de *Mt 5,1*, la madre canta: “¡oh pobreza bienaventurada, que da riquezas eternas a quienes la aman y abrazan!” (*ibi 15*). Habiendo comprendido que se habla de la Sabiduría, nos damos cuenta de que nos encontramos frente a una opción de vida sostenida por el amor, que hace de la pobreza una condición de paz, no un peso que hay que temer.

En la *4ª Carta* se llega al culmen de la experiencia mística de Clara, que canta las bodas eternas con el Esposo crucificado, ya gustadas en una celebración siempre más encarnada, no sólo en el alma, sino también en el cuerpo, en la misma existencia, y esperadas en la plenitud futura:

« ¡Atráeme! ¡Correremos a tu zaga al olor de tus perfumes, oh Esposo celestial! Correré y no desfalleceré, hasta que me introduzcas en la bodega, hasta que tu izquierda esté bajo mi cabeza y tu derecha me abrace deliciosamente, y me beses con el beso felicísimo de tu boca» (4CtaCl 30-32)

Sólo el Cantar de los Cantares puede expresar de algún modo lo indecible de una vida aferrada totalmente por el Amor. La comunión mística es tan fuerte, que sólo la unión nupcial puede de algún modo dar una idea de una intimidad de la cual sólo Dios tiene la clave. Porque el símbolo, la actualidad de su presencia ha descendido a las profundidades del corazón que sólo Él puede escrutar. Quien ha recibido el don de tal unión, la conoce por experiencia, pero a causa de lo inadecuado del lenguaje humano puede tan solo balbucir algo.

### ***Anhelo de imitarlo***

Se comprende entonces cómo el *ardor del deseo* conduzca siempre más a un querer ser como Cristo. En la 2ª Carta, a la secuencia de imperativos que llegan hasta la contemplación de Él, Clara añade: “con anhelo de imitarle” (2CtaCl 20). Y prosigue expresándose con típicas expresiones binarias paulinas:

«...si sufres con Él, reinarás con Él; si con Él lloras, con Él gozarás; si mueres con Él en la cruz de la tribulación, poseerás las moradas eternas en el esplendor de los santos» (ibi 21)

El discurso es eminentemente pascual. De hecho, traduce la dinámica de la muerte y resurrección presente en la celebración eucarística, que se convierte en experiencia concreta en la oración y en lo cotidiano: quien camina tras las huellas de Cristo por el camino de la cruz, vive con Él el paso a la vida nueva. Se trata de una relación estrechísima, muy evidente en el texto latino por el uso de verbos compuestos con la preposición *con*, de modo que haga posible revivir en la experiencia mística y en la concreción de la vida los mismos sentimientos, la misma voluntad de amor a Jesucristo, sin perder las propias características de persona única e irrepetible.

### ***Seguimiento***

En definitiva, la respuesta de Clara es el seguimiento de Cristo pobre, síntesis de su carisma específico en la Iglesia y modalidad eminentemente cristiana para vivir el santo Evangelio: “míralo hecho despreciable por ti, y síguelo hecha tú despreciable por Él en este mundo” (ibi 19).

El seguimiento es la clave del camino orante de Clara, de su modo de contemplar a Jesucristo y de adherirse a Él. Según la palabra de la *primera carta de Pedro*, se trata de calcar las huellas de Cristo hasta compartir totalmente sus padecimientos:

«respiro con tanta alegría en el Señor al saber y creer que, con la imitación de los vestigios de Jesucristo pobre y humilde, suples tú maravillosamente mis deficiencias y las de mis hermanas [...] La gloriosa Virgen de las vírgenes lo llevó materialmente: tú, siguiendo sus huellas, principalmente las de la humildad y la pobreza, puedes llevarlo espiritualmente siempre, fuera de toda duda, en tu cuerpo casto y virginal; de ese modo, contienes en ti a quien te contiene a ti y a los seres todos, y posees con Él el bien más seguro en comparación con las demás posesiones, tan pasajeras, de este mundo» (3CtaCl 4.24-26)

Clara insiste en indicar en la pobreza-humildad el meollo del seguimiento, que, como en María, hace capaces de llevar en lo más íntimo al mismo Hijo de Dios por la potencia del Espíritu

Santo. Porque quien llega a este punto en su ser discípulo/a, genera a Cristo en una misteriosa maternidad.

Se injerta aquí el sentido de la misión de las Hermanas Pobres en la Iglesia, la conciencia de la madre de haber sido querida por el Padre, es más, generada por Él con las hermanas;

«...por amor de aquel Señor que pobre fue recostado en un pesebre, pobre vivió en el mundo y desnudo permaneció en el patíbulo, vele siempre para que esta pequeña grey, que el Señor Padre engendró en su santa Iglesia por medio de la palabra y el ejemplo de nuestro bienaventurado padre San Francisco y por la pobreza y humildad que practicó en seguimiento de la del amado Hijo de Dios y de la gloriosa Virgen María su Madre» (*TestCl 45-46*)

Para Clara la mediación concreta, la encarnación de la palabra y de la voluntad del Padre ha venido por medio de Francisco. El hacerse carne del Hijo de Dios continúa de hecho cumpliéndose en la historia de quien acoge el designio de amor de Dios. Y es justamente lo tangible del querer divino lo que da tanta fuerza a la madre a la hora de suplicar a la Iglesia, por amor de Dios hecho carne, y de ayudarla a vivir la misión de hacer visible al Hijo pobre y humilde en un grupo de mujeres que se acogen como hermanas que corren juntas tras sus huellas. La fraternidad de San Damián actúa de este modo en otra dimensión fundamental de la Eucaristía: “la unidad en el mutuo amor” (*RegCl IV, 22; X, 7*), hecha posible precisamente por el amoroso seguimiento de Cristo pobre.

#### **4. ESTAR**

Para que el *ver* y el *escuchar*, con todo lo que comportan, se conviertan en dimensión constante del camino, es necesario que la oración penetre la vida, que asuma la característica de un *estar* habitualmente en Dios, de modo que ninguna ocupación o relación la haga disminuir sino que sea asumida en la misma dinámica de la relación con Él. La fuerte experiencia de ser introducidos en el hoy de Dios, vivida en la celebración eucarística, se convierte en el respiro mismo de lo cotidiano, la connaturalidad incesante con una presencia viva.

##### ***Colocarse en la Sabiduría encarnada***

Por eso de modo apremiante, subrayado por el imperativo, Clara invita a Inés:

«...fija tu mente en el espejo de la eternidad, fija tu alma en el esplendor de la gloria, fija tu corazón en la figura de la divina sustancia» (*3CtaCl 12-13*)

El triple *fija* que concierne a la mente, al alma y al corazón, es una relectura del mandamiento del amor de Dios, como nos viene en *Mt 22,37*. Por tanto “amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente”, significa que la relación con la Sabiduría hecha carne involucra a toda la persona en sus características más profundas y en cada instante.

El estar en la Sabiduría indica una relación permanente, de modo tal que nunca se pierde de vista el centro en el cual se vive: esto tiene como consecuencia la actuación concreta de que “es preciso orar siempre sin desfallecer” (*Lc 18,1*). No se trata de estar diciendo constantemente oraciones, sino de un estar siempre en un clima orante, de comunión profunda con Dios, que en cada circunstancia permita a la Sabiduría indicarnos el camino a seguir.

##### ***El silencio***

Para esto es importante custodiar, guardar el silencio, no permitir que los afanes y las solicitudes terrenas, las pasiones y tentaciones, como también las conversaciones vanas tomen la delantera. Es necesario por eso buscar incluso el silencio exterior. Clara lo indica explícitamente en

su *Forma de Vida*, no como práctica ascética u observancia, sino como modalidad concreta de una existencia que tiene en Dios su centro y único deseo: “las hermanas guarden el silencio desde la hora de completas hasta tercia” (*RegCl V,1*)

El ritmo de lo cotidiano toma sentido en palabras de Francisco a los frailes que desean vivir en los eremitorios, escritas por él pensando en San Damián: “busquen conservar el silencio y digan las horas litúrgicas y levántense para el Oficio matutino y sobre todo busquen el Reino de Dios y su justicia” (*RegEr 3*). La palabra evangélica, que llama a no anteponer nada al Reino, aclara el sentido de una vida en el silencio, en la cual la escucha de Dios quiere ser incesante.

### ***No apagar el espíritu***

Todavía se nos sugiere un elemento importante para *estar* en el Señor:

«Las hermanas a las que el Señor ha dado la gracia de trabajar, después de la hora de tercia, ocúpense fiel y devotamente en un trabajo humilde, honesto y de común utilidad, de forma que, evitando la ociosidad, enemiga del alma, no apaguen el espíritu de la santa operación y devoción, a cuyo servicio deben estar las demás cosas temporales» (*RegCl VII, 1-2*)

Hablando del trabajo, y haciendo suyas las palabras de Francisco, Clara pone de manifiesto como las ocupaciones no están en contraste con una vida vivida en el Señor, antes bien, la favorecen. Es necesario, sin embargo, tener presentes algunas actitudes de fondo: el trabajo viene cumplido con fidelidad, esto es, con empeño y atención; no descuidadamente y mucho menos con furor y ansia, sino con devoción, o sea en el don de sí que debe caracterizar cada gesto para no apagar el espíritu.

La referencia paulina aclara que se habla del Espíritu Santo, por eso se trata de no impedirle su actuación en lo íntimo, consintiéndole de conservarnos en esa actitud de oración que debe constituir el clima de la vida. Somos así reconducidos a la única aspiración que hemos de tener: “por encima de todo deben anhelar tener el espíritu del Señor y su santa operación” (*ibi X, 9*).

Lo hemos dicho ya, ahora sólo subrayamos que el mantener continuamente despierto este anhelo, dejando prácticamente al Espíritu la libertad de cumplir en nosotros su santa operación, introduce en la oración continua: es, de hecho, la conciencia de una presencia que habita en el interior. Si hay una escucha vigilante del Espíritu que en las relaciones cotidianas sugiere gestos, actitudes, palabras..., las ocupaciones y las relaciones humanas no disminuyen ese estar en Dios.

## **5. DAR GRACIAS**

La atención incesante del actuar de Dios en la historia conduce a colocarse en otra dimensión de la oración, que constituye una actitud constante en Clara: acoge como don el diálogo con Dios que le da la salvación. En consecuencia recibe de Sus manos la vida, la fe, los acontecimientos, las personas. En esta dinámica interior la respuesta de la mujer que acoge se convierte en un dar gracias: dar, esto es, restituir cuanto tiene y es gratuitamente, por gracia. Ante todo, esta actitud se realiza en la alabanza celebrada en la liturgia, que se convierte en vida transformando el mismo existir en un continuo acoger el don y llevarlo a cumplimiento, como algo precioso que no pertenece a quien lo tiene en sí mismo. También esto es típico del pobre, que no reclama derechos y no cesa de anonadarse por la benevolencia de Dios versada sobre él.

### ***La Eucaristía***

Tal actitud caracteriza de modo especial la celebración eucarística. Eucaristía significa, de hecho acción de gracias. En Clara está poco presente la referencia explícita a la Misa, pero ha hecho de la misma vida una Eucaristía. Su *Testamento* se presenta como una acción de gracias, tiene

incluso el desarrollo típico del prefacio, que en la celebración hace de introducción a la gran plegaria eucarística.

Está de hecho dirigido al Padre, del cual la madre acoge todo don por medio del Hijo, y la acción de gracias se cumple justamente en la fidelidad a la gracia inconmensurable de su llamada. Porque en la plantita la Misa ha pasado a la vida y a lo cotidiano en los cuales revive los elementos fundamentales.

### ***El Dador***

En el *Testamento* el Padre, del cual procede todo bien, es llamado “Dador” (*TestCl* 2.58), casi nombre propio de Dios en su dirigirse a nosotros, criaturas que no poseemos nada, si no lo que hemos recibido y continuamente acogemos de sus manos.

El término le es familiar a Clara, como se deduce del pasaje que sigue: “Doy gracias al dador de toda gracia, de quien creemos que procede toda dádiva buena y todo don perfecto” (*2CtaCl* 3). En este versículo aparece de forma evidente cuales son los dones que la madre ve en Inés: el objeto de la acción de gracias de Clara es la *gracia*, esto es, la acción del Espíritu Santo en nosotros, en todas sus implicaciones subrayadas ya en otras ocasiones. El contexto de la *Carta de Santiago* aclara todo cuanto la madre pretende esclarecer. En ella se nos pide a los cristianos el no engañarnos buscando el bien fuera de Dios, porque sólo en Él se encuentra y todo lo recibimos de Él.

### ***La Encarnación***

En el bien supremo que se nos ha dado, Clara ve ante todo el descender del Hijo de Dios a nuestra carne a través del desarrollarse del misterio hasta la culminación de la Pascua, objeto primero de su acción de gracias, cotidianamente vivido en la celebración de los divinos misterios.

### ***La vida***

Sin embargo, ya que está inmersa en la pobreza-humildad de Cristo, la Plantita se acoge también a sí misma como don. Es plenamente consciente de que, sin la primera gracia fundamental de ser creada por amor, no habría podido recibir todas las demás. Así, ha caminado respirando en una acción de gracias por su mismo existir, desahogado al final de su vida en la alabanza al Creador, tanto como para compendiar en el gesto primitivo de Dios hacia nosotros, continuamente renovado cada día, el sentido de su inclinarse amorosamente hacia la criatura: “Bendito seas, Señor, porque me has creado” (*Proc* 3,20)

Finalmente Clara manifiesta la belleza del camino místico que la ha conducido a lo esencial: se ve a sí misma como salida de las manos del Creador, pequeña palabra transformada enteramente en alabanza.

### ***La vocación***

La actitud de fondo de la madre se explicita en resumidas cuentas en referencia a las varias dimensiones de la vida, entre las cuales emerge la llamada al seguimiento de Cristo:

«Entre tantos beneficios como hemos recibido y seguimos recibiendo de nuestro benefactor el Padre de las misericordias, y por los cuales estamos más obligadas a rendir gracias al mismo glorioso Padre de Cristo, se encuentra el de nuestra vocación; y cuanto más perfecta y mayor es ésta, tanto es más lo que a Él le debemos. Por eso dice el Apóstol: conoce tu vocación» (*TestCl* 2-4)

Por la referencia paulina, se comprende que Clara está hablando de la vocación cristiana: llamada a la vida de los hijos de Dios, discípulos de Cristo, iluminados por el Espíritu Santo. Dentro de este maravilloso don, cada uno tiene su carisma que actúa como miembro de la Iglesia en comunión y por el bien de todos. En tal dinamismo se ve evidente la fuerza de la Plantita en su defender cuanto de más precioso le ha sido confiado, para que lleve fruto.

### ***Francisco***

En el descubrimiento de la llamada de Dios y en su delinear las líneas fundamentales, Clara ha acogido el gran don de Francisco: “el Señor nos dio al beatísimo padre nuestro Francisco como fundador, plantador y cooperador nuestro en el servicio de Cristo” (*TestCl 48*).

No ha sido la casualidad la que lo ha puesto en su camino, sino Dios mismo. De este modo, la Plantita da gracias al Dador, porque se cuida de ella por medio de los hermanos.

### ***Las hermanas***

En el canto de alabanza al Padre misericordioso se inserta la acción de gracias por las hermanas: “unida a las pocas hermanas que el Señor me había dado poco después de mi conversión” (*ibi 25*).

Es con ellas como Clara puede cumplir la vocación admirable recibida de Dios. Leyendo el *Testamento* se respira una continua comunión, un vivir juntas del mismo don, que es descubrimiento cotidiano del designio amoroso del Padre: inventando día tras día la respuesta a Él en la continua disponibilidad al Espíritu: “amándoos mutuamente en la caridad de Cristo, mostraos externamente con las obras, el cariño que os tenéis internamente” (*ibi 59*).

Esta mutua caridad brotada del único amor de Cristo experimentado por cada una en la celebración litúrgica y en la relación orante, lleva a ver su rostro en la otra, a encarnar en gestos de amoroso cuidado y de profunda estima, como se revelan de los testimonios de las hermanas en el *Proceso de Canonización* de Clara.

En la trama de la vida, la relación con las personas indica la profundidad de humanidad de los protagonistas. También en este ámbito Clara descubre siempre la actuación de Dios, los dones con los que colma a la que está a su lado o está en contacto con ella aunque sea desde lejos, como se comprende muy bien en las *Cartas* a Inés (cfr. *2CtaCl 3*; *3CtaCl 3-5*).

### ***La historia***

También la historia, en su concretez, con los acontecimientos que la caracterizan, incluidos los más dolorosos, es acogida y vivida por Clara en acción de gracias. La Providencia del Padre misericordioso actúa, de hecho, a través de todas las circunstancias enderezándolas hacia el camino del bien e iluminando el corazón a la conversión, como se comprende bien de la lectura del *Testamento*.

### ***La alegría***

De la actitud de acción de gracias por los dones de Dios brota la capacidad de gozar en el Señor, actualización, una vez más del clima de fiesta que caracteriza la celebración eucarística. Leyendo las *Cartas* de Clara se descubre a una mujer a la cual las dificultades de la vida no pueden entristecer. Su existencia está marcada por la enfermedad, por grandes dificultades por la aceptación de su *Forma de Vida* por parte de la Iglesia, por su ser prácticamente olvidada por los responsables de los hermanos menores tras la muerte de Francisco y la destitución de Elías, y por más cosas todavía.

Nada sin embargo puede quitarle la profunda alegría interior, su sobresaliente característica que las hermanas no se cansan de testimoniar en el *Proceso de Canonización*. Porque no se trata

simplemente de un optimismo innato, sino de su abandono total en las manos de Dios, del cual recibe todo: “de ese modo contiene en ti a quien te contiene a ti y a los seres todos, y posees con Él el bien más seguro, en comparación con las demás posesiones, tan pasajeras, de este mundo” (3CtaCl 26); nada le falta porque posee el Bien sumo. Nada por eso puede quitarle su alegría.

Todavía más esta alegría es fruto del Espíritu Santo, nace de hecho de su santa operación, que ilumina para ver todo a la luz de Dios, haciendo experimentar la vida de los resucitados: “Pero ahora, al escribirte, me alegro contigo y quedo transportada contigo en el gozo del Espíritu” (4CtaCl 7). Se trata de la misma alegría de Jesús, prometida por Él antes de la Pasión y dada a los discípulos la tarde de Pascua: “y los discípulos se alegraron al ver al Señor” (Jn 20,20), estrechamente ligada al don del Espíritu. Con tal conciencia Clara usa la misma expresión hablando de la alegría de Francisco al ver como la pequeña fraternidad de San Damián sigue las huellas de Cristo (cfr. TestCl 27-28).

Esta alegría pascual es hija de la caridad, de la cual brota sabiendo ver el bien en toda situación de la vida.

### ***Restituir***

Estrechamente ligada al *gozo en el Espíritu*, como consecuencia de la acción de gracias, es la restitución de sus dones, no pasiva sino dinámica, tal como se nos pide en el “podéis ir en paz” con el que concluye la celebración eucarística enviando a los discípulos a la misión por medio de todo gesto de su vida. En Clara asume diversas formas.

### ***Las promesas***

En el ámbito de la 2ª Carta se trata del propósito de vivir sólo para Dios:

«Recorre la senda de la felicidad, segura, gozosa y expedita, y con cautela: de nadie te fíes ni asientas a ninguno que quiera apartarte de este propósito, o te ponga obstáculos para que no cumplas tus votos al Altísimo con la perfección a la que el Espíritu del Señor te ha llamado» (2CtaCl 13-14)

El propósito de virginidad, que Clara identifica con el seguimiento de Cristo pobre, es un don de Aquel que llama a estrechar alianza con Él. Así, el custodiarlo con fidelidad hasta el fin, en un ir creciendo en conformidad con el Esposo, es restitución de un bien recibido en el ofrecimiento de sí que lo mantiene vivo y capaz de dar fruto.

En la misma longitud de onda el reclamo insertado en la 3ª Carta abraza toda la realidad de la vida cristiana: “para que así conservando la vida, alabes al Señor y le ofrezcas tu obsequio espiritual y tu sacrificio sazonado con sal” (3CtaCl 41)

En este punto nos limitamos solo a advertir que el culto, dado por la persona dotada de razón, es un restituir a Dios el don mismo de la vida, de todo cuanto la constituye en su dignidad humana, insertado cada día en el seno de la entrega de sí unida a aquella del Pobre que continuamente se da sobre el altar de la cruz. De aquí desciende el camino hacia el cumplimiento de la llamada específica de cada uno/a, realizado por la fuerza del Espíritu Santo, con el cual se alcanza la plena estatura de Cristo.

### ***La ofrenda del don de la oración***

La oración como ofrenda constituye un aspecto importante:

«Si sucede, que así no sea, que entre hermana y hermana se da en alguna ocasión motivo de turbación o escándalo, por medio de palabra o por señas, la que ha sido causa de la turbación, de inmediato y antes de presentar la ofrenda de su oración al Señor, no sólo ha de prosternarse con humildad a los pies de la otra pidiéndole perdón, sino que además ha de rogarle con la misma humildad que pida por ella al Señor para que la perdone» (RegCl IX,7-9)

Para Clara, la ofrenda que presentar al altar, de la que habla *Mt 5,23-24*, es el don de la oración, con el cual entiende la oración litúrgica y la personal, silencioso coloquio con Dios, que es don porque viene del Espíritu, el cual atrae al encuentro, a la comunión con el Padre en Cristo Jesús. Al mismo tiempo es don de sí unido a la única entrega del Hijo. Si se está separado incluso de un solo hermano o hermana, la relación con Dios no es auténtica: el perdón recíproco, nacido de la experiencia de la misericordia, es una premisa indispensable para la entrega de sí mismo.

En una vida enteramente dedicada a la alabanza del Señor es imposible servirle a Él en verdad si no se está reconciliado con los hijos del mismo Padre. Entonces se cumple en el orante la acción de gracias que constituye el *sacrificio de alabanza* de la Esposa de Cristo, la Iglesia, vivido en la celebración eucarística, que nos hace un solo cuerpo con Aquel que nos ha reconciliado con Dios, haciéndose Él mismo misericordia y perdón. Del mismo modo, si las hermanas están reconciliadas entre ellas, la celebración de la Liturgia de las horas puede ser vivida con una sola voz y un solo corazón cumpliendo el sacrificio de alabanza.

### *El talento recibido*

La parábola de los talentos (cfr. *Mt 25, 15-23*), en la cual resulta evidente la inmensa liberalidad de nuestro Dador, es concretada por la madre en la llamada a la vida cristiana actuada en el seguimiento de Cristo pobre:

« ¡Con cuánta solicitud y con cuánto empeño del alma y del cuerpo no debemos cumplir los mandamientos de Dios y de nuestro padre para devolver multiplicado con la ayuda del Señor, el talento recibido!» (*TestCl 18*)

Clara habla de un solo talento, entendiendo una vez más la vocación, que ninguno puede negar de haber recibido, y en la cual se juega el sentido mismo del ser discípulos de Cristo.

### ***Colaborar con Dios***

La restitución del talento multiplicado trae consigo el testimonio cristiano como consecuencia lógica y necesaria de una auténtica relación con Dios. Para Clara, en línea con su experiencia y llamada, asume especialmente algunas características.

### *Sostén de la Iglesia*

La madre no teme hacer propia una palabra de Pablo (cfr. *1Cor 3,9*) referida a los apóstoles, porque es consciente de que una vida enteramente dada en el seguimiento sin reservas a Cristo pobre y humilde colabora con Dios en la edificación del reino, aún operando en el silencio: “lo diré con palabras del mismo apóstol: te considero cooperadora del mismo Dios y sostenedora de los miembros vacilantes de su Cuerpo inefable” (*3CtaCl 8*).

La conciencia de ser parte del cuerpo de Cristo le proporciona la imagen más precisa para indicar los efectos concretos de tal colaboración. Es la vida misma la que sostiene los miembros vacilantes, porque está enteramente entregada y unida al don total de sí del Señor Jesucristo, renovada cada día en la celebración eucarística, además de la oración y de la atención solícita de los pequeños y pobres que llaman a la puerta.

### *Ejemplo y espejo*

«Pues el mismo Señor nos puso a nosotras como modelo para ejemplo y espejo no sólo ante los extraños, sino también ante nuestras hermanas, que fueron llamadas por el Señor a nuestra vocación, con el fin de que ellas a su vez sean espejo y ejemplo para los que viven en el mundo» (*TestCl 19-20*)

Así le gusta a Clara expresar las características del testimonio cristiano. Quien se coloca en el Espejo, aprendiendo de la Sabiduría crucificada el camino de la vida, se convierte a su vez en espejo para quien lo rodea e incluso también para quien está lejos, en virtud de la comunión entre los miembros del único Cuerpo. Se trata de una transparencia que pasa de la oración a la vida y de la concreción de lo cotidiano rebosa en la alabanza.

### ***Bendecir y alabar a Dios***

La relación fraterna nos lleva inmediatamente a la relación con Aquel que da sentido al vivir y al obrar de cada una y constituye el centro del ser y de la misma existencia: “ya que el Señor nos ha llamado a cosas tan grandes que en nosotras se puedan mirar aquellas que son ejemplo y espejo para los demás, estamos muy obligadas a bendecirle y alabarle y a confortarnos más en Él para obrar el bien” (*ibi* 21-22).

La respuesta a la llamada, que se cumple en la comunión fraterna, es puro don. No es pues posible exaltarse por esto, sino que se es reconducido a la gratuidad del amor y a la alabanza que plasma el día, dando a su vez fuerza para crecer en el obrar bien en el Señor. Porque todo el bien proviene de Él, es más, cuando se descubre algo bueno en el propio actuar y en el de los demás, es Él mismo, por lo que no se puede sino bendecir y alabar a Dios, autor de todo bien. Se prolonga y se cumple así la bendición y la alabanza por las grandes obras de la creación, encarnación, muerte, resurrección de Jesucristo y espera de su venida, en las cuales se mueve la celebración eucarística.

## **6. PETICIÓN**

De todo esto nace también la súplica, vivida como actitud filial de confianza en un Padre que continuamente nos provee y sabe lo que nos hace falta, antes y más allá de nuestras peticiones.

Como Francisco, Clara no reserva un lugar dominante a este género de oración, aunque no lo excluya. De hecho, es consciente de que una vida enteramente entregada se convierte en ofrenda para los hermanos realizando el *Amen* con el que concluye la plegaria eucarística, en el cual se proclama la voluntad de unirse a Cristo en el sacrificio de sí mismo agradable a Dios.

Sin embargo, en determinadas ocasiones la madre no vacila en postrarse en la imploración, como frente al asalto de las tropas mercenarias sarracenas, que durante el asedio de Asís penetraron en el interior del claustro de San Damián y, por su confiada súplica delante de la Eucaristía se fueron sin hacer daño alguno a personas o cosas. En esta circunstancia las palabras oídas por las hermanas testigos, indican claramente la fuerza de la fe de la Plantita: “Señor, guarda Tú a estas tus siervas, porque yo no las puedo guardar” (*Proc* 9,2; *cfr* 3,18). Expresan en Clara la conciencia materna de ser custodia de la pequeña grey de las hermanas pobres: ahora su debilidad no la permite el “guardarla”, por lo que la consigna a Aquel que se la ha confiado.

Se trata de Jesucristo, porque ella está postrada frente al cofrecillo que contiene la Eucaristía (no con la custodia en la mano, como se la representa en la iconografía del ‘400 en adelante), y a Él se dirige pasando a través del signo concreto de su hacernos presente el don de sí sobre la cruz, del cual como siempre la Plantita espera todo. Y la respuesta no tarda en llegar: “yo siempre te defenderé”. Esta certeza confirma a una mujer totalmente desarmada frente a un ejército, pero consciente de que su defensa es poderosa. El pensamiento de las hermanas no le impide alargar el horizonte para interceder por la ciudad. Sólo cuando recibe la confirmación también de los conciudadanos se dirige a las hermanas paralizadas por el miedo, con la palabra tantas veces repetida por Jesús: “¡no temáis!”. Y añade: “yo soy responsable de vosotras”. Nos da así el sentido de su hacerse sierva de Dios y de las hermanas.

Queremos ahora considerar cuanto emerge de los *Escritos* y de los testimonios de las hermanas.

## 6.1 La intercesión

Clara conoce la intercesión fraterna por tener la gracia de responder a la llamada, como se trasluce de las conclusiones de las *Cartas* a Inés. En su filial confiarse en las manos del Padre vive también el hacerse amoroso cargo de las hermanas enfermas y de otros necesitados que recurren a ella, como un ministerio de curación. Su total pobreza le proporciona una gran audacia en implorar del Dador el bienestar físico y moral de las hermanas.

Las testimonios narran cómo en caso de enfermedad que las impedía el vivir en plenitud el propio don al Señor, la madre trazaba sobre ellas la señal de la cruz y enseguida eran libradas (cfr. *Proc 1,16; 2,13; 3,10.11; 4,8.10; 6,8; 7,7; 9,5*). No tiene necesidad de largas oraciones, sino que lo alcanza directamente de Aquel del cual proviene la salvación. Cuanto hemos dicho hasta ahora de su relación incesante con el Crucificado resucitado, hace comprender su forma de actuar. Las hermanas hablan de *liberación* insertándose en el significado de la Pascua, por la cual Jesucristo nos libera del mal en todas sus acepciones.

A veces, Clara recurre a una especie de liturgia que involucra a la hermana interesada. Así, Sor Amada describe su curación: “habiéndole puesto la mano encima, rogó a Dios la librase de aquella enfermedad si era mejor para su alma. Y así, de repente, quedó sana” (*ibi 4,7*). Notemos el deseo profundo de la Plantita de que se cumpla la voluntad de Dios y aquello que sea mejor para la hermana, en cuanto la tenga más unida a su Señor y la permita de servirlo como Él quiera.

Sor Bienvenida, como cuenta ella misma, desde hacía doce años sufría de ciertas plagas:

«Una noche se llegó a la madre, llorando y pidiéndole auxilio. Y entonces, la bondadosa madre, conmovida con su acostumbrada piedad, se levantó de su lecho y, arrodillándose, oró al Señor. Y cuando terminó su oración, se volvió hacia la testigo, hizo la señal de la cruz, primero sobre sí misma y luego sobre la testigo, rezó el padrenuestro y le tocó las llagas con su mano descubierta. Y así quedó curada de unas llagas que parecían incurables» (*ibi 11,1*)

En las palabras y en los gestos Clara repite el comportamiento de Jesús con los enfermos: está llena de compasión, toca la parte enferma, se dirige al Padre que todo lo puede. Añade sin embargo una referencia clara a la Pascua de la cual procede nuestra salvación. Se podría continuar citando otros casos, porque éste es uno de los rasgos más evidentes en la Plantita de Francisco, en el cual se hace visible su seguimiento de Cristo pobre. Su cuidado amoroso no se limita sólo a las hermanas, sino que se dirige también a los sufrientes que le llevan, especialmente los niños.

## 6.2 El perdón

La súplica asume un acento particular en la petición de perdón por una ofensa hecha a la hermana: “no sólo ha de prosternarse con humildad a los pies de la otra pidiéndole perdón, sino que además ha de rogarle con la misma humildad que pida por ella al Señor para que la perdone” (*RegCl IX, 9*). La reconciliación nos ha sido dada una vez para siempre en la muerte y resurrección de Jesucristo, pero nuestra débil fe tiene necesidad de implorar para entrar en el perdón, para acogerlo en el corazón y convertirnos en personas reconciliadas, capaces a su vez de gestos de reconciliación auténtica con las hermanas y los hermanos.

Es siempre el Evangelio el que nos da la clave del comportamiento cotidiano, de hecho Clara continúa así: “y la ofendida perdone con generosidad a su hermana toda injuria, acordándose de aquellas palabras del Señor: si no perdonaréis de corazón, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará” (*ibi IX, 10-11*). Quien no da el perdón se vuelve incapaz de acoger el de Dios: al no hacer experiencia de su misericordia, no es capaz de darla. Al contrario, quien experimenta en lo profundo la bondad misericordiosa del Padre, está lleno de gratitud y no puede menos que efundirla sobre los demás.

La celebración de la Eucaristía nos acoge como hermanos y hermanas, hijos del mismo Padre y nos hace crecer en esta comunión. Lo mismo sucede durante el oficio divino, “porque

donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20). Y no se puede estar en su nombre si hay desacuerdo o rencor. En San Damián esta palabra de Jesús es considerada particularmente importante, viene incluso referida en la predicación, que es escucha de la Palabra (cfr. Proc 10,8).

### **6.3 Fidelidad y perseverancia en la vocación**

La súplica para obtener la perseverancia con la cual Clara concluye el *Testamento* expresa su conciencia del don que hay que custodiar, que nuestra debilidad no es capaz de guardar. Pero se le hace capaz, porque el Dador mismo conserva cuanto ha dado generosamente y lo lleva a cumplimiento:

«Por eso, doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo y me acojo a los méritos de la gloriosa Virgen santa María, su Madre, y de nuestro beatísimo padre Francisco y de todos los santos, para que el mismo Señor que nos concedió buen comienzo, conceda asimismo el incremento y también la perseverancia final. Amén» (*TestCl* 77-78)

Nuevamente son las cartas paulinas las que dotan a la madre de la imploración, nacida de la conciencia de haber sido llamada por Él con las hermanas, de la certeza de que Él mismo dará el incremento a la respuesta que no puede quedar siempre en el punto de partida, sino que tiene necesidad de crecer, de desarrollarse para alcanzar la plenitud, que es a su vez don de Dios.

### **6.4 La bendición del Padre**

Por el mismo motivo, Clara implora para las hermanas la bendición del Padre, que es el mismo Espíritu Santo dado a nosotros en el Bautismo, invocado sobre el pan y el vino antes de pronunciar las palabras de la institución de la Eucaristía, que guía en el camino:

«Yo, Clara, servidora de Cristo y pequeña planta de nuestro padre San Francisco, hermana y madre vuestra y de las demás hermanas pobres aunque indigna, ruego a nuestro Señor Jesucristo, por su misericordia y por la intercesión de su santísima Madre santa María, del bienaventurado San Miguel arcángel y de todos los santos ángeles, de nuestro bienaventurado padre San Francisco y de todos los santos y santas de Dios, que el mismo Padre celestial os dé y confirme ésta su santísima bendición en el cielo y en la tierra; en la tierra multiplicándoos en gracia y en sus virtudes entre sus siervos y siervas en su Iglesia militante; en el cielo, ensalzándoos y glorificándoos entre sus santos y santas en su Iglesia triunfante» (*BendCl* 6-10)<sup>16</sup>.

En esta oración emerge el profundo sentido de Iglesia que anima la vida de Clara. No desea una santidad solo personal y una expansión de la Orden de las Hermanas Pobres como fin en sí misma, sino que se sitúa plenamente en el camino de la Iglesia, aunque con un acento particular. Distingue entre los santos y las santas, los siervos y las siervas con gran conciencia de una misión específica de la mujer en la Iglesia. El hecho de nombrar los santos y las santas es sin duda inspirado por el canon de la Misa, en el cual se invoca la intercesión de los ciudadanos de la Jerusalén celestial, de modo que los que peregrinamos sobre la tierra seamos hechos capaces de vivir el misterio eucarístico.

---

<sup>16</sup> También aquí el lenguaje de Clara nos lleva al canon romano, en el cual la epiclesis que precede a las palabras de la institución de la Eucaristía indica al Espíritu Santo con la palabra *bendición*.

## **6.5 La ciudad**

Las testimonios del Proceso recuerdan la liturgia penitencial inventada por Clara con ocasión del asedio de la ciudad (*cfr. Proc 3,19*). Nos encontramos aquí frente a otra dimensión de la oración, sin duda practicada en circunstancias diversas.

La súplica por la salvación de los hermanos asume las características evidenciadas por las lamentaciones bíblicas y por algunos salmos penitenciales, en los cuales se trasluce la propia situación de absoluta indignidad frente a Dios, implorando su misericordia.

La madre de las hermanas pobres la convierte en dimensión fraterna de imploración, no para sí, sino a favor de quien vive en una situación desesperada y no tiene vía de salida. Es entonces cuando el corazón sugiere la necesidad de algún signo especial que unir a la ofrenda cotidiana, celebrada en la Eucaristía y vivida en la concreción de las relaciones, para los pequeños y los pobres que el Señor Jesucristo ha venido a salvar y se encuentran en peligro mortal.

Su relación con Dios no es extraña a los hermanos sino que la hace madre de todos, haciéndola sentir en sus entrañas el sufrimiento de cuantos son oprimidos por el hambre, por la enfermedad, por la guerra. La paz que reina en el corazón, porque la Trinidad tiene en él su estable morada, siente la urgencia de dilatarse y de entrar en lo íntimo de cada hombre y mujer que habita sobre la faz de la tierra.

## **7. EN SÍNTESIS**

Concluyendo brevemente podemos afirmar que en Clara la oración plasma la vida, mientras el camino cotidiano entra naturalmente en su estarse delante de Dios.

Se puede decir que respira una Presencia llevando a cumplimiento el don sembrado con la existencia y el bautismo.

Cuanto hemos intentado expresar es vivido en un entramado simple y espontáneo, hecho de comunión con el Dios trino en Jesucristo, hecho de entrega a la operación del Espíritu Santo y del gratuito darse a las hermanas y a los hermanos, típico de quien recibe todo del Padre misericordioso con la confianza de los pequeños y los pobres.

No es un camino impracticable, sino que está abierto a quien como ella, en la certeza de la fe, busca ser cristiano/a dejando actuar todos los dones de la gracia que cada día recibe del sumo Dador a través de la Iglesia y de las experiencias alegres y dolorosas que constituyen la trama de la vida.

Traducción a cargo de Sor Teresa de la Cruz, del Monasterio de la Inmaculada Concepción (Franciscanas Descalzas) de Jaén (España).